

Marcela Paz



Los pecosos



# I

Iván y Panchoco iban camino a la farmacia. Habían instalado su laboratorio y clínica, y al tiempo de estrenarla se daban cuenta de que hacía falta lo más importante: el cloroformo. Iban muy decididos a comprarlo, trezados en aburrida discusión:

—Para que te convezas de que no pasará nada, me *cloroformarás* a mí primero —decía Panchoco.

—Te *cloroformo* si me dejas operarte. Si no, no le veo el chiste.

—¡Bah! Qué gracia. No vamos a operar a todo el mundo. Le vamos a sacar las verrugas a la Juana y la vamos a *cloroformar* para que no le duela. El cloroformo no es nada. En Estados Unidos *cloroforman* a todo el mundo.

Panchoco venía llegando de Norteamérica y se creía la muerte. A cada rato escandalizaba a sus primos chilenos. Vivían juntos. Tenía Panchoco nueve años e Iván ocho y se defendían de los cuatro hermanos menores de Iván, que estropeaban siempre sus aventuras.

—En Chile, también *cloroforman*. A mi mamá la han *cloroformado* seis veces. Pero siempre fueron médicos...

—Allá no, lo hace cualquiera. Por lo demás, yo tomo la responsabilidad. Y por último ¿qué te importa a ti si la Juana quiere que la *cloroforme*?

—¡Mira! —interrumpió Iván, apuntando algo en medio de la calle.

Era un perro, los dos se acercaron a mirarlo. Estaba muerto y la actitud de sus patas expresaba el dolor que su cara de perro no podía expresar. Panchoco se encucilló para tocarlo. No estaba frío y apenas tenía un poco de sangre en el hocico.

—A lo mejor está aturdido —dijo Iván, no muy convencido.

—¡Shock! Está *shoqueado*... —Panchoco lo levantó en sus brazos. Un barredor de la calle se acercó al grupo y lo quedó mirando con una pizca de risa en sus ojos cansados.

—¿Es suyo? —le preguntó a Panchoco.

—No. ¿Vio usted cuando lo atropellaron?

El hombre asintió con la cabeza.

—Le pasó por atravesar la calle sin mirar. No lo hará nunca más —el barredor sonrió ante su chiste.

Apoyado en el palo del escobillón miraba a los niños esperando que celebraran sus palabras.

—¿Hace mucho rato?

—Reciencito, no más. Era un autazo lindo y coludo...

—¡Algún salvaje!

—Llevémoslo a casa. Podemos hacerlo volver del *shock* —dijo Iván.

—Parece muerto... —Panchoco acariciaba al perro, tratando de sentir el optimismo de su primo, que siempre veía algún remedio a los desastres.

Apuraban el paso de regreso, Iván con la esperanza de volver a la vida al animal, Panchoco, temiendo que apareciera alguien de pronto a reclamarlo. Sentía por el perro un verdadero cariño, una enorme ternura, y le había arreglado las patas de manera que pareciera dormido en sus brazos.

Llegaron por fin a la casa y entraron corriendo, sin hacer ruido, para no ser descubiertos por los chicos. Pero eso era imposible. Junto con entrar en el laboratorio asomó por la ventana la cabeza de Andeco, rubio y chascón, con sus enormes ojos negros, siempre intensos.

—¡A tomar té! —chilló con su vocecita destemplada— ¡Hay galletas! —pasó el dato, pero se interrumpió—: ¿Qué tienen ahí?

—¡Lo que a ti no te importa! —la ventana se cerró de golpe. Pero el intruso fue tan rápido que alcanzó a pasar medio cuerpo por la puerta justo cuando Iván iba a ponerle llave.

—¡Lárgate! —y la puerta se encargó de que la orden se cumpliera. Andeco quedó afuera, furioso por no tomar parte en el "misterio" que estaba sucediendo en el cuartucho de herramientas que tenía ese letrero de

## LABORATORIO Y CLÍNICA

¡Se Prohíbe Entrar!

Habían tendido el perro sobre la mesa de operaciones cubierta por un saco, y mientras Iván preparaba una inyección, Panchoco frotaba la pierna del perro con un algodoncito con parafina.

—¡Listo! —dijo Iván, pasando la jeringa más llena de aire que otra cosa—. Yo iré mientras tanto a buscar un poco de café.

—¡Tonto! A los perros no se les da café. Quizá aguardiente...

Panchoco clavó la aguja con toda su energía en la pierna del perro. Al comprimir el émbolo, la pierna se estiró.

—¡No está muerto! —gritó triunfante— ¡Ha estirado la pierna! Yo te decía que era un simple shock. Trae bolsas calientes...

Voló el practicante a cumplir las órdenes del médico jefe y en un



momento estaba de vuelta, haciendo friegas, masajes, aplicando respiración artificial. No faltó alguien que echara gotas de vino en el hocico del perro.

En su alboroto ya no importaba que se llenara de gente el laboratorio, y los chicos se empujaban cooperando con remedios, teteras, algodones y demases.

Por fin, Panchoco, con trágico desaliento, tiró lejos su instrumental salvador:

—Está más muerto que el Soldado Desconocido —dijo—. Recibió el golpe en el cerebro...

Los grandes ojos de Iván se pusieron brillantes. Hasta ese momento había tenido la seguridad que el perrito viviría y alcanzó a imaginar el cariño y agradecimiento del animal resucitado.

—El té debe estar frío —dijo la voz de Juana, que miraba la maniobra por encima de sus cabezas.

—¡Quién quiere té! —exclamó Panchoco, dejándose caer sobre el diván de la clínica (un cajón de fruta)— ¡Váyanse todos y déjenlos pensar!

Partió Juana llevando de la mano a los dos chicos, pero antes de desaparecer ya estaban ellos de vuelta, contemplando al perrito.

—¿Lo vas a enterrar, Iván? —preguntaba Marcela, un año menor que él.

—No sé... Creo que deberíamos embalsamarlo, Panchoco. Al oír esto, el médico fracasado se animó. Saltó del diván y con violencia echó fuera a la multitud.

—¡Por favor, déjame quedarme a mi solo! —suplicaban uno a uno los expulsados.

Pero Panchoco era inflexible, y otra vez funcionó la llave en la cerradura y los galenos se juntaron frente a su víctima.

—¿Tú sabes embalsamar? —preguntó Iván.  
—¿Yo? Claro. En Estados Unidos embalsaman a todo el mundo.  
—Desinfecta el cuchillo. Con parafina, claro. ¡Quémallo!

Iván obedeció y el cuchillo quedó negro al instante. Panchoco miró al perro, luego al cuchillo. La idea era rellenarlo con algo incorruptible... Pero para eso...

El embalsamador se daba tiempo, pensando.  
—No lo embalsamemos, mejor... —propuso Iván.  
—Trae el bombín de insecticida —ordenó Panchoco—. Será una operación a cuerpo cerrado —explicó.

—Yo iré a buscarlo —dijo una voz inesperada, y de entre las mangueras y palas de jardín surgió Paula, la más pecosa.

—¡Tú estabas ahí! —exclamó Panchoco— ¡La más copuchenta del lote! ¡Pero te callarás, porque si hablas no te quedará un diente de los que te asoman!

Los ojos castaños respondieron a la amenaza y su cuerpecito chico desapareció como relámpago en busca del pedido.

Apenas había partido cuando estaba de vuelta enarbolando el bombín. Panchoco lo cogió en el preciso momento en que una multitud de pasos se atropellaban. Con todo el cuerpo cerró de golpe la puerta, con tan mala suerte que alguien quedó cogido y una garganta lanzó destemplados gritos.

—¡Bruto! —Paula, chica y todo, abrió la puerta amenazante. Pero eso no conmovió a los galenos. Cuatro manos la cogieron, la puerta volvió a cerrarse y la dejó prisionera en el laboratorio.

—¡Apenas vuelva la mamá le contaré todo! —alegó roja de indignación.

—No puedes acusarnos —dijo Panchoco, sonriendo despreciativo—. Tu mamá está a doscientos kilómetros y no volverá hasta dos días más. Para entonces ni te darán ganas de acusarnos.

Iván y Panchoco volvían a interesarse en su trabajo y Paula aprovechó de salir dando un portazo.

—¡Qué alivio! Ahora a trabajar. Le vamos a insuflar anticorrosivo. No porque se le acabó la vida va a dejar de funcionar su distribuidor interior.

Panchoco empezó a insuflarle al perro el insecticida, mientras explicaba que este sistema mantendría al perro casi como si estuviera vivo, aunque sin movimiento. Y échale y échale con el bombín por todos lados, mientras les lloraban los ojos a los dos.

Por fin decidieron abrir la ventana, porque tampoco ellos podían respirar.

—Estamos tan embalsamados como el perro... —tosieron hacia afuera.

—Yo creo que cualquier microbio se arranca de nosotros y no nos enfermaremos nunca más —tosía Iván.

Panchoco revolvía los ojos sintiéndose raro.

—¿Sabes? Creo que estoy un poquito envenenado.

—No te mueras, Panchoco —rogó Iván—. Tengo una idea. A lo mejor

si esto mata a los vivos quizá resucite a los muertos. . —Los galenos se rieron.

—Mañana lo sabremos —dijo Panchoco— porque yo no entraría hoy a ese cuartucho ni por un millón de dólares...

## II

—¿Y dónde está el perro? —la voz de flauta de Andrés sacó a Iván de su sueño. Tras él venía Pepe, el menor, de tres años, también medio dormido en su pijama demasiado chico.

Al oírlo, Iván y Panchoco saltaron de la cama. Recordaron de pronto la tragedia del perro. Se calaron la ropa en un segundo y corrieron a su clínica.

La puerta y la ventana estaban abiertas, pero el perrito embalsamado había desaparecido. Naturalmente sospechaban de Juana.

Y la enfrentaron. Seis voces interrogaban a un tiempo, pero Juana estaba armada para dar la batalla y volaban por el aire las palabras "crueldad", "barbaridad", "sin corazón cristiano" y muchas otras. Iván trataba en vano de explicar; Panchoco, siempre práctico, sólo quería saber qué había hecho Juana con el perro embalsamado.

Era inútil. Juana no cedía ante el interrogatorio y guardaba su secreto como una piedra.

—Lo habrá tirado a la basura —dijo Iván, apenado.

Pero el hambre es cosa viva y, a pesar de todo, los seis niños partieron a tomar desayuno.

—¿Quién se comió mi pan? —gritó un hambriento furioso al ver su plato vacío.

—Fue Andeco —dijo Pepe, con cara de juez.

—¡No es cierto! ¡Lo comimos los dos! —se defendió el acusado.

—Ah, pero tú dijiste que lo comiéramos —alegó el chico.

—¡Men-ti-ra! Dijiste que él lo había de-ja-do. Eso no más.

—Pero tú lo agarraste...

—Porque tú te lo ibas a comer.

—"Porque tú te lo ibas a comer" —remeda el otro.

—¡Tonto creído! —las manos de ambos se empuñan.

Iván interviene autoritario:

—O me consiguen pan o les pego a los dos.

Los chicos patinan para cumplir la orden. Vuelven triunfantes trayendo cada uno la marraqueta para el hermano mayor que se ha enojado. Iván se

echa una al bolsillo, muerde la otra, y sin decir palabra se aleja con rumbo desconocido.

Y salen a la calle. En la puerta está el tarro de basura. Sin vacilar, lo vacian en el suelo, lo hurguean ansiosos, y luego, al convencerse de que no está lo que buscan, empiezan a vaciar el tarro vecino. Claro, a los chicos les toca volver a llenar los tarros.

Así logran escarbar toda la basura de la calle, hasta que por fin se aburren y desprecian una caja donde zumban las moscas como en una colmena.

—¡Ahí no cabe! —decreta Panchoco. Pero Iván revuelve el contenido con el pie y entonces ve brillar algo entre las cáscaras y demases. Iván la coge. Aunque les parece increíble es una moneda de oro. Y brilla entre sus manos.

Al verla, cinco pares de ojos brillan tanto como ella.

Una moneda de oro encontrada en la calle es casi igual a una varita mágica.

—¿Qué haremos con ella? —se preguntan maravillados, rojos de felicidad.

Y discuten si comprarán una moto, un supermercado o un perro vivo, que bien enseñado llegaría a valer como una mina.

La idea cayó bien y los proyectos funcionaban a mil por hora. Para algunos, el perro ya volaba en el espacio, para otros hablaba y hasta veía la suerte, y para los más chicos, jugaba fútbol y hacía goles que aturdíen al arquero.

La moneda estaba caliente en el bolsillo de Panchoco, que caminaba orgulloso seguido por cuatro primos. Pero antes de llegar a la casa vino a encontrarlos Paula, nadie sabe desde dónde, como un pelotazo anónimo.

—¡Lo encontré! —grito sin aliento.

—¿Qué encontraste? —Los demás habían olvidado lo que salieron a buscar.

—El pobrecito estaba tapado con unas ramas en el sitio que se vende. ¡Lo enterré!

—Carrilera... No te creo capaz de abrir una sepultura —dijo Panchoco.

—Claro que sepultura de hoyo, no. Pero sepultura de cerro, sí.

—Así que lo tapaste con basuras... ¿Y no encontraste nada? ¡Mira lo que hallamos nosotros... en la basura! —y le enseñó la moneda reluciente.

A Paula le dio hipo de la impresión. No se atrevió a tocarla, pero sentía como una espina por no pertenecer al grupo de los descubridores.

—Oye —le dijo a Pepe en la oreja—. Si tú me ayudas a encontrar algo, te prometo que será de los dos, tuyo y mío.

A Pepe le pareció fantástica la idea. Los mayores no le llevaban el apunte y ese "algo" que Paula ofrecía encontrar, tenía un sabor mágico.

Con la vista clavada en el suelo, se encaminaron los dos por otro lado:

—La pura tontera de oro... ¿Para qué sirve? Para tapar los dientes. La Juana se va a poner uno entero de oro —decía Paula.

—Mejor sería encontrarse un caramelo —alegaba Pepe—. Al menos se puede comer.

Entonces miraron hacia atrás y vieron que los otros se habían detenido en la panadería. Antes de pensarlo ya estaban en el grupo. Pero Panchoco no quería entrar, aunque entre todos lo arrastraban.

—¡Cómpranos pan! —gritaban todos en coro.

—¿Están locos? ¿Cómo se les ocurre que vamos a gastar una moneda de oro en pan?

—Te darían vuelto...

—Necesitaríamos una maleta para llevar ese vuelto —Panchoco se desprendió de la cantidad de manos y con gesto heroico apretó las narices para no oler el tentador pan fresco que salía por la puerta.

—¿A dónde vamos ahora? —a Paula se le enredaban los pies tratando de alargar el paso para seguir a los mayores.

—¡Nada de preguntas! Oye Iván, ¿a dónde vamos?

—¡A comprar el perro, claro!

—¿Pero, dónde?

En ese momento pasó remeciéndose una carretelita chueca, tirada por un viejo caballo chascón que levantaba la cabeza a cada paso. Llevaba atrás un letrero que decía: "SEBENDE".

—¡Oye! —gritaron a coro todos los que sabían leer—. Se vende esa carretela... ¡Comprémosla! —y se lanzaron a detener el apacible vehículo.

—¿Cuánto vale? —preguntó Iván al viejo dueño.

—Depende. La carretela sola vale diez melones y el caballo unos veinte...

—Ese animal tiene casi cuarenta años —dijo Panchoco negociando.

—Apenitas treinta —corrigió el anciano.

—La carretela está agonizando —alegó Iván.

—Si estuviera nueva valdría cien. —El hombre escupió y tiró la rienda. Andrés se había acercado al animal y acariciaba su triste cabeza.

—Oye —discutían en voz baja—, esto sería macanudo para rodar tierras. Podríamos ir al sur sin cansarnos y llevar pasajeros...

Sacaron la brillante moneda y se la enseñaron al viejo.

—Es de oro —dijo Panchoco—. Vale mucho más. Tendría que darnos vuelto.

El hombre cogió la moneda y la mordió. Luego la hizo saltar en su mano.

—¡No vale treinta melones! —dijo con desprecio— Tendrían que darme plata encima.

—¿Cuánto?

—Lo menos diez melones.

—No tenemos. ¿Por qué no se queda con la carretela y nos da el caballo por ella?

Discutieron un rato y por fin el negocio quedó hecho. El hombre desenganchó el caballo, le sacó los cordeles y se llevó tirando el viejo carretón desvencijado.

Iván y Panchoco treparon al caballo, le pusieron dos cinturones como riendas y apretaron con fuerza sus talones para hacerlo partir.

Pero el animal no se movió.

Le gritaron, tiraron de sus crines, lo palmotearon por todos lados animándolo con gritos de indio. ¡Inútil! Ensayaron tirándolo de la cola, sin conseguir que se diera por entendido. El caballo estaba más firme que un árbol.

—Hay que asustarlo —dijo Panchoco—. Los ancianos son porfiados, pero miedosos... —y tiró su caja de fósforos encendida cerca de las patas del animal. Pero sólo sacudió el pellejo, como con un escalofrío, y no dio un paso.

Aprovechando el desaliento general, Andrés montó de un brinco, apretó bruscamente sus talones chicos en las peludas ijadas y el caballo salió trotando ante la admiración de todos. Levantaba la cabeza a cada paso y este gesto parecía poner en movimiento sus patas. Los niños corrían a su lado, gritando su entusiasmo como si fuera un prodigio.

Así pasaron frente a su casa, torcieron por una calle y por otra, sin detenerse, hasta entrar en un sitio con una casita de madera al fondo.

Andeco saltó al suelo y acarició al viejo bruto con el entusiasmo de un jinete que ha ganado la carrera.

Una mujer que tendía unas ropas miró al grupo sin hacer comentarios. Cuando terminó su tarea, secó sus manos en su delantal y preguntó:

—¿Qué pasó con el carretón y el dueño?



—Le compramos puramente el caballo —explicó alguien— pero no hicimos buen negocio. Es medio idiota el bruto.

Panchoco montó otra vez y no logró hacerlo trotar.

—Por esto le dimos una moneda de oro... Deshagamos el negocio, señora. Le dejamos su caballo y nos devuelve la moneda...

—No he visto ni veré esa moneda —dijo la mujer, limpiándose la transpiración con el delantal—. Él se la habrá gastado. Llévense el Rocillo como puedan... —y se quedó mirando los esfuerzos de los jinetes.

—¡Al menos podría darnos la receta para hacerlo partir!

—No hay receta. Es cuestión de capricho del animal —y se metió en su casa.

El Rocillo seguía encaprichado y las caras de los dueños se alargaban y alargaban. Hasta los mayores sentían algo duro en la garganta.

Un perrito curioso se acercó a ver la maniobra. Interesado, ladeaba la cabeza y movía su colita. Era una mezcla de quiltro y un poco de cada raza de perro o algún otro animal. Les cayó simpático a los chicos que empezaron a acariciarlo para distraer su pena.

—¿Por qué no cambiamos al Rocillo por este perro? Queríamos comprar uno... —propuso alguien.

Iván y Panchoco entraron a la casa de la dueña a negociar el perro. Al poco rato salieron triunfantes. El negocio estaba hecho.

El perro no tenía caprichos, era alegre, juguetón, inquieto. Siguió a los niños sin problemas y entendía todo lo que le decían, como si los conociera toda la vida. Al revés del Rocillo, casi no podía estarse quieto.

Lo bautizaron "Resorte" y cuando los dos grandes sacaban la cuenta que con la moneda de oro habrían podido comprar tal vez una moto, los demás les recordaban:

—¡Pero de todos modos queríamos comprar un perro!

### III

El platón de comida que le ofrecieron a Resorte al llegar a casa lo devoró el perrito en un minuto. Una vez limpio el plato, bostezó largamente, estiró sus patitas y, arrollándose al sol, cerró los ojos.

Fue inútil tratar de despertarlo. Abría un ojo, miraba a los niños y lo volvía a cerrar. En los dueños de Resorte iba creciendo una enorme desilusión y hasta el temor de que el perro resultara tan viejo como el caballo.

—¡Otra ensartada! —declaró Panchoco—. Este perro no sirve para salir con él a correr el mundo. En dos cuadras ha quedado liquidado.

—Podríamos entrenarlo... —sugirió Iván.

Pero Panchoco estaba desilusionado y todo su cuerpo parecía en derrota. Tenía cara de funeral.

—¡Correr el mundo puede ser aburrido, pero hacer circo, no! —propuso Marcela, y la idea resucitó hasta al propio Panchoco.

—Buena idea —dijo Iván—, sólo que ¿quién va a venir a la función?

—No necesitan "venir". ¡Podemos ir nosotros! ¡Hagamos circo ambulante!

Con el alboroto y aplausos a la idea, Resorte abrió un ojo pero volvió a cerrarlo.

—¡Yo hago los boletos! —gritaba uno.

—¡Yo pinto los letreros de propaganda! —gritaba otro.

—Yo escribo el programa.

Corrían todos en busca de material y volvían al instante.

—¿Cuál es el programa? —preguntó el anunciador con su pincel en el aire, chorreando pintura.

—Yo podría bailar —propuso Paula con los ojos brillantes de esperanza.

—Panchoco puede tocar su trompeta —dijo Marcela.

—Puras latas —Panchoco se desanimaba otra vez, pero reaccionaba:

—Los circos ambulantes en Estados Unidos muestran cosas raras, fenómenos nunca vistos...

—Entonces hago mi póster: ¿Circo Fenomenal? —preguntó Marcela.

—¡Gran Circo Fenomenal! —corrigió Iván.

—Enanos y monstruos —dictó Panchoco, inspirado. Luego, volviéndose a Andrés que en su entusiasmo se había parado en la cabeza—. Tú serás el “Enano Rigodón”, el atleta más chico del mundo. Claro, con traje de enano y todo el tiempo parado en la cabeza...

—Yo puedo ser la señora del enano —propuso Paula— y bailo con él de cabeza y hago pruebas mágicas...

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntaba Pepe, tratando de hacerse oír.

—Tú venderás caramelos —le contestaron—. ¡Y por ahora te callas!

—¿Y yo? —preguntó Marcela, con pena.

—Tú puedes ver la suerte, de gitana —propuso Iván. Pero Panchoco intervino:

—Eso no pega. Marcela tiene que ser otro fenómeno. Por ejemplo, la mujer de dos cabezas...

La compañía de actores del Circo Fenomenal lo miró aturdida

—¿Cómo vamos a ponerle otra cabeza? —preguntó alguien.

—Es muy fácil. Le metemos a Resorte bajo el vestido y asorramos su cabeza por el cogote. ¡Queda flor!

—¿Y las pulgas? —Marcela se empezó a rascar por adelantado.

—¡Si te rascas, perfecto! Le da más carácter a tu personaje. Ahora puramente tienes que conseguirte un vestido elegante, con escote, para que quepan las dos cabezas.

—¿Y tú qué vas a hacer? —le preguntaron a Panchoco.

—Yo tengo que anunciar la función, cobrar la entradas y dirigirlo todo... ¿Te parece poco?

—¿Puedo comer caramelos mientras los vendo? —preguntaba Pepe.

—Lo primero será el toque de corneta... —escribía Iván.

—TROMPETA —corrigió Panchoco.

—Bueno, trompeta. Después, desfile de actores y apareces tú anunciando...

—“Apareces”... ¿Cómo va a aparecer alguien si todos están ahí? No hay teatro, ¿entiendes? La cosa es en la calle.

—Bueno, entonces anoto a Cleopatra, la mujer de dos cabezas.

—Ahora anótame a mí —llegó Paula vestida de mamarracho, contoneándose. Todos soltaron la risa.

—¡Nos falta un payaso! —Iván abrió tremendos ojos—. Un circo sin payasos no resulta...

Pepe aprovechó para ofrecer sus chistes y con ayuda de Andeco

empezaron a ensayarse sin que nadie los tomara en cuenta. Pero serían los payasos, a falta de otros

—¿Y yo qué voy a hacer? —de pronto Iván se daba cuenta que estaba cesante. Panchoco se había adueñado de todas sus posibilidades.

—¿Qué hará Iván? —repitió la bailarina.

—Los empresarios no hacen nada más que los contratos —explicó Panchoco.

—Los contratos puedes hacerlos tú. ¡Yo voy a ser malabarista! —y anotó su número: Malabarismos Viking.

Una vez redactado el programa vino el desbande. Cada uno partió en busca de su disfraz.

La pobre Juana no oía ni su propia voz al tratar de detener el desorden con que los seis niños buscaban ropas y objetos.

Iván había encontrado una chaqueta de su padre con botones dorados, que le daría cualquier autoridad. Un collar pasado entre los botones lo consagraba como malabarista regio.

Panchoco se convirtió en una especie de cosaco, al ponerse botas, blusa de seda y cinturón elegante.

Paula, como Mágica Maribel, roja de colorete, enjoyada hasta los dientes, envuelta en colorida bufanda en lugar de vestido, se contoneaba eufórica batiendo castañuelas

El Enano Rigodón con camiseta a rayas se había rellenado, simulando músculos con calcetines, calzoncillos y otros, hasta parecer un atleta feroz. El payaso vendedor de calugas era la obra de arte de Marcela. Lo había pintado y disfrazado para que no cupiera la menor duda del personaje. Del cuello le colgaba una caja de zapatos vacía, lista para los caramelos.

El verdadero problema era Marcela. Su traje de Cleopatra no estaba mal, pero sujetar a Resorte dentro de él, con su cabeza asomada junto a la de Marcela, resultaba imposible. Apenas metía al perro por el elegante escote del vestido, Resorte se resbalaba rasguñando con sus patas a la heroica Marcela. Enredado en su pelo iban a dar al suelo las dos cabezas. Por fin, Marcela se caló una gorra de baño y amarró a su cuello las patas del perrito, para que no se cayera. El resultado fue peor que el primero; Resorte quiso soltarse de la famosa amarra, tiró al suelo a Marcela y salió arrancando con el dichoso disfraz. Cuando lograron recuperar el vestido de su enredo con el perro, era solamente un montón de trapos.

—No llores —le dijo Panchoco a Marcela—. Con lo que ganemos le compraremos otro vestido a tu mamá.

Cleopatra, la mujer de dos cabezas, se borraba del programa. Pero era necesario reemplazar ese importante número por otro en que figurara Resorte. Después de todo era la atracción principal.

Discutieron de nuevo. Alguien propuso que Marcela cantara acompañada al piano por Pepe sin acordarse que un piano no camina.

Por fin, decidieron vestir al perro con ropa de muñeca y hacerlo bailar, mientras Marcela vestía de domadora en malla de gimnasia y haciendo sonar una perversa huasca.

Con esto quedó listo el programa y también el letrero anunciador, que clavado en un palo de escoba y un poquito chorreado, proclamaba:

### GRAN CIRCO AMBULANTE LA MARAVILLA

HOY ESTRENA SUS FENÓMENOS

El Enano Rigodón, La Mágica Maribel,  
El Trompetista Franci, El Genial Resorte  
y su Domadora Dobrila,  
el Malabarista Viking

NO SE VAYA A SU CASA SIN VERNOS

El glorioso sexteto salió desfilando triunfante, encabezado por el Trompetista, que soplab a todo pulmón, lo seguía muy cerca el letretero y tras él todo el elenco artístico. Iban muy confiados en busca de su público, sin lograr interrumpir el tráfico y consiguiendo apenas la atención de algún chico aburrido tirado por la mano de una mamá.

Por fin los siguieron dos perros, una chica con su bolsa de pan y un repartidor de leche, que se detuvo junto a ellos esperando la representación. El Trompetista también se detuvo, considerando que había bastante público para comenzar, y llamó en toque de diana.

Resorte y los otros perros rompieron en alarmantes ladridos lo que no perturbó al trompetista que se largó con todos su repertorio. El resto de los actores lo rodeaba esperando su turno para actuar.

Una vieja, con su bolsa de compras, se agregó al auditorio.

En la ventana de la casa favorecida se asomó una mujer con una criatura

en sus brazos y al otro lado de la calle surgió un montón de niños con romadizo a chorro. Una niña, que pasaba en bicicleta, se agregó a los mirones y la función comenzó.

El anunciador, rojo por el esfuerzo, chilló:

—¡Estupendo acróbata, gran enano único en el mundo, el monstruo RIGODÓN!

Pero nunca se supo si fue la palabra monstruo que ofendió al Enano, o un simple ataque de vergüenza, pero no hubo manera de hacerlo pararse de cabeza. Ni los puntapiés del Trompetista ni las violentas órdenes del empresario lograron dominarlo.

Ante el conflicto, el Payaso se ofreció de voluntario, y aunque nunca había logrado la especialidad de su hermano, ahora lo consiguió por una vez. Se paró en la cabeza apenas un instante y luego se vino al suelo entero. El público lo aplaudió con muchas risas, pero el Payaso no pudo repetir su prueba porque estaba bastante adolorido.

Paula aprovechó para salvar la pana:

—Anúnciame a mí, tonto, antes que se vaya la gente.

Y la voz del empresario-anunciador se alzó en el aire con tono de profeta:

—La Mágica Maribel, fenomenal bailarina.

Y la pecosa se largó a la pista, retorciendo sus menudos brazos, taconeando los enormes zapatos que apenas podía sujetar en sus pies y simulando un baile español sin música. Ante el pavoroso resultado, Panchoco alzó su trompeta y sopló en ella una melodía un poco desafinada que fue animando la cosa. Los actores comenzaron a corearla y el público y los perros se agregaron al conjunto.

El resultado fue espléndido. Hubo aplausos y el elenco se volvió dinámico. La rueda de mirones se había agrandado; era como un millón de ojos que los miraban y muchas bocas sonrientes que ayudaban al éxito.

El número de Marcela con Resorte, tal vez por no haberse ensayado, producía tremendas carcajadas. La Mágica Maribel bailaba de nuevo, el Malabarista hacía extrañas pruebas, Panchoco soplab nuevas melodías en su trompeta que el público coreaba y, de pronto, el Enano que se taimó al principio, se disparó caminando en las manos alrededor de los actores y agrandó el círculo de curiosos.

Entretanto, el Payaso aturdido por el éxito, se estaba comiendo, sin darse cuenta, los pocos caramelos que debían vender en la función.

De pronto, uno de los espectadores se fue sin aviso y dos más lo siguieron. Iván, muy alarmado, ordenó que se hiciera la colecta.

El Payaso alargó su caja vacía y fue entonces cuando el auditorio desapareció. Sólo una vieja dejó caer en la caja una moneda.

Aquello era un desastre. Los actores olvidaban su éxito ante la ruina económica, cuando, de pronto, un niño suplementero les alargó un billete. Los ojos de Iván brillaron de confusión y vergüenza y no sabiendo qué hacer, consultó a Panchoco con la mirada. Pero Panchoco sólo clavó los ojos en el cielo... Después de todo los pesos eran pocos; habían trabajado como verdaderos artistas (la prueba es que transpiraban a chorro) y el mezquino público se aprovechó de ellos sin pagarles.

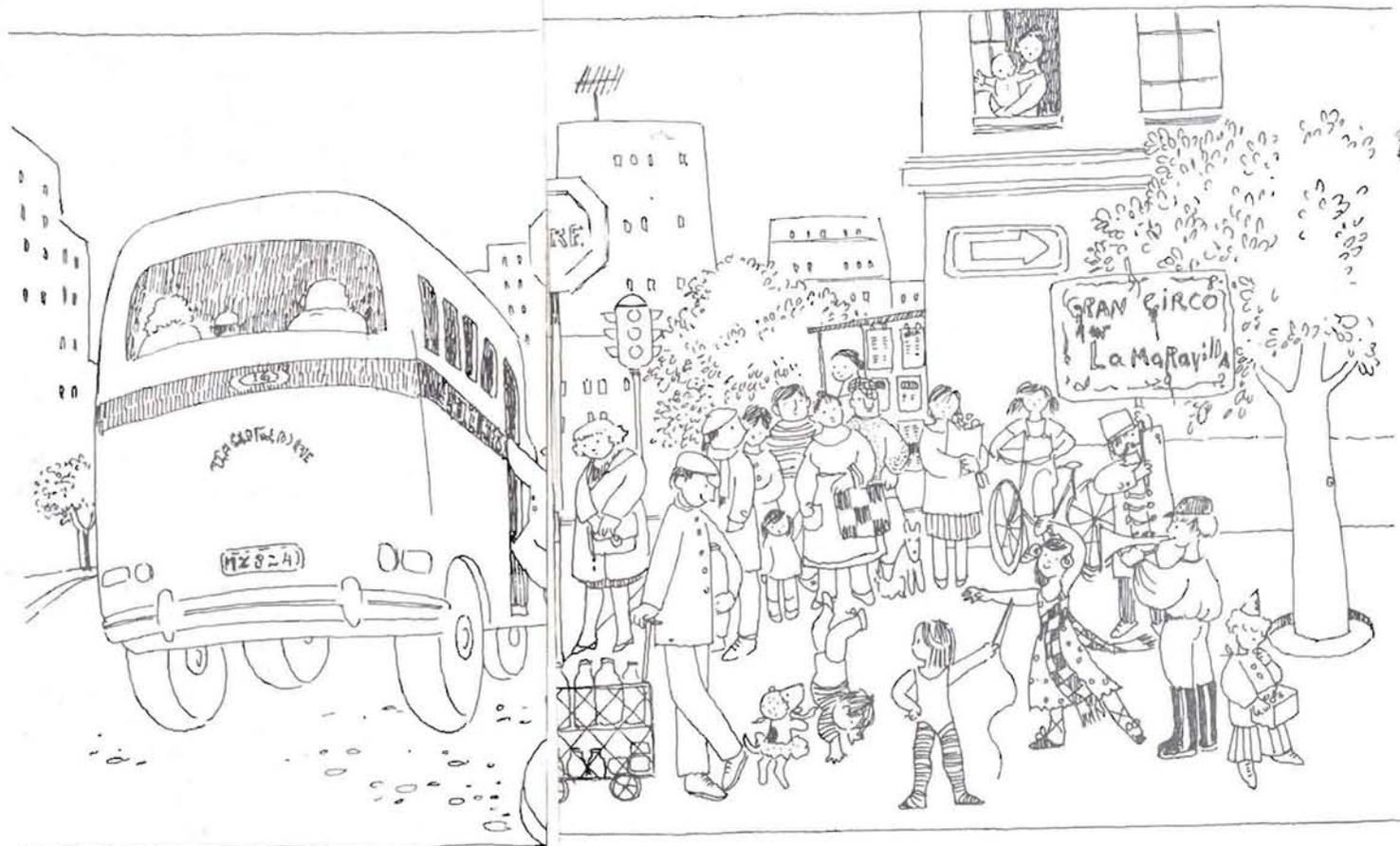
Iván se quedó mirando al suplementero, y éste, adivinando su problema, en un impulso le entregó sus revistas y se largó a caminar en las manos y darse vueltas en el aire.

—Oye —le dijo Panchoco, admirado—. ¿Te gustaría trabajar con nosotros?

—¡Claro que sí! Pero antes tengo que vender las revistas que me quedan...

—¡Yo las puedo vender! —se ofreció Pepe.

—Al menos no te las puedes comer —dijo alguien.



Un anciano le compró las revistas, todas. Tenía cara de "acordarse" de algo de cuando era niño. Pepe se echó al bolsillo el dinero sin entender por qué tenía que darlo al nuevo acróbata.

—Me gustaría tener un disfraz —declaró el nuevo artista.

—Vamos a buscar uno a la casa...

Y al poco rato salió de nuevo el circo ambulante con un artista más: el Pantera, con medio bikini de la mamá ausente. Y este sí que era acróbata de verdad, y encabezaba el desfile dándose vueltas de carnero sin siquiera tocar el suelo.

Esta vez no esperaron que se juntaran los espectadores; fueron directo donde se encontraban ellos, o sea, al paradero de micros.

La función comenzó ante gran cantidad de público, lo que le transmitía "ángel" a cada actor. Hasta el Payaso discurría buenos chistes mientras iba pasando su caja.

Era extraño, esta vez sonaban dentro monedas y más monedas. Los artistas del circo ambulante transpiraban su éxito con más pruebas y bailes y acrobacias.

Pero, de repente, apareció un micro inmenso, resoplando, y ahogó toda música. Como por encanto el público formó fila y, despreciando el fantástico espectáculo, trepó al aparato que se alejó dejando solos en la vereda al Trompetista, Domadora, Bailarina, Malabarista, Enano, Payaso, Acróbata y a un perrito que movía la cola.

## IV

Juana esperaba en la puerta de calle con cara de Capitán Tormenta.

—¿Qué se creen? —alegaba con el rostro encendido— ¿Mandarse a la calle en esas fachas? —y por su boca salían llamas.

—¡Qué tanto enojo! —la aplacó Iván—. Total, disfrazarse no es pecado.

La mujer se calmó un poco.

—No volveré a quedarme con ustedes si sale la señora.

—La señora se ríe de estas cosas —dijo Panchoco—. Y usted también se ríe... —y Juana soltó la carcajada mirándolos.

—¿Hay galletas? —preguntó Pepe como si nada pasara.

—Imaginense si voy a darles galletas con el desorden que me han hecho... —empezó Juana, pero los chicos descubrieron la mina.

—¿Puedo quedarme a tomar té? —el Pantera era un campeón para comer galletas.

—Claro, eres del circo, igual que nosotros.

—¡Eres flor, Juana! —decía Marcela, soboreando las galletas.

Los niños conversaban mientras tomaban su té.

—¿Dónde aprendiste a ser acróbata? —preguntó Andrés al Pantera.

—Tengo un tío que trabaja en el circo.

—¿Un tío acróbata de verdad? —preguntaron todos.

—Sí. Y tengo un padrino tony, aunque ahora jubiló.

—¿Y tú no piensas trabajar en el circo?

—No. Mi papá no quiere.

—¡Me gustaría tener un tío acróbata! —suspiró Paula.

—¡Y una tía domadora! —dijo Marcela.

—¿Podrías tú llevarnos a ver a tu tío? —preguntó Panchoco.

—¡Claro! Mañana hay *matinée*...

—¿Dónde es el circo?

—En la Gran Avenida...

—¿Y puedes llevarnos a la *matinée*?

—Claro, si pagan la entrada.

—¡Uf! Creo que no hay caso... ¿Alcanzaría con lo que ganamos hoy?

El dinero se vació en la mesa y empezaron las cuentas. Apenas alcanzaba para tres galerías y media

—Podemos ir los mayores..

—¿Por qué ustedes y nosotros no? —protestaron cuatro voces.

—No alcanza para todos, por eso...

—Echémoslo a la suerte —dijo Marcela.

—Juanita, préstanos plata —imploró Pepe.

—Tengo lo justo para el pan de estos días .. ¡No puedo!

—Pero tienes harina. Entre todos te ayudaremos a hacer pan.

—Ahora me acuerdo que Panchoco me debe una moneda —dijo Pepe

—¿Yo? ¿Te debo una moneda?

—Acuérdate de esa moneda que me gané y me la pediste prestada

—¿Cuándo te la ganaste?

—Ese día que iba mirando al suelo y me la encontré ..

—Esa moneda era de la mamá Estaba en su cuarto ..

—¡Ah! ¡Pero yo me la encontré!

—Era de ella, no tuya.

—Pero Panchoco me la pidió prestada.

Se la debo a la tía, no a ti.

Las galletas se habían terminado y también el té. ¡A César no le interesaba saber quién le debía plata a quién y aprovechó para despedirse.

—Me esperan en mi casa..

—Sí, pero vuelve mañana.

—A las doce estoy aquí.

## V

Aún quedaba por delante un buen poco del día. Brillaba el sol en las veredas y la gente con bolsas, paquetes o niños circulaba.

Casi sin darse cuenta se fueron los seis por esas calles planeando la ida al circo para el día siguiente. Esperarían a César en la puerta para evitar preguntas de la Juana. Y se irían con él. Ir al circo no era malo y menos en este caso, en que las entradas las pagarían ellos con su trabajo.

En esa parte de la conversación se dieron cuenta de una larga fila de automóviles estacionados frente a una casa que tenía un enorme banderín blanco que decía REMATE.

—¿Entramos? —propuso Panchoco y los seis se abrieron paso entre las gentes que llenaban pasillos y salones.

Era una casa estrecha, tan llena de curiosos como ellos, que se hacía difícil respirar. Solamente se veía a un señor, trepado en un pupitre muy alto, que hablaba muy ligero, moviendo un martillito de un lado a otro como si fuera un péndulo. Con rapidez increíble decía números y números.

Por fin se quedó pegado repitiendo uno solo y luego dio un martillazo sobre el pupitre. Dijo algo que nadie entendió y se lanzó otra vez en picada:

—¡Esta fuente de cristal, veamos .. Tengo doscientos, ciento cincuenta, veinte.. —y después de ese rápido descenso numérico empezó nuevamente su carrera de números, esta vez en ascenso

—Veinticinco, treinta, cincuenta, ochenta, cien... —y el martillito iba de un lado a otro— y ciento veinte y doscientos, y doscientos y se va en doscientos si nadie mejora, y se va y se va...

En ese momento Paula empujó a Andeco para ver un poco, y él para no caer, se pescó de una señora que se anduvo asustando ante el pellizco. Esto, que no tenía importancia para Andeco ni Paula, resultó grave para la señora gorda. Porque el señor del martillo, que estaba a punto de dar su martillazo, vio esa especie de saludo de la cabeza que hizo la señora y sin más le adjudicó la fuente de cristal.

—¿Señora? —el compañero del señor del martillo le ofrecía a la gorda un papelito.

—¿Qué pasa?

—El recibo de la fuente de cristal.

—¡Yo no he comprado esa fuente! —la voz de la señora era un rugido de león y su mirada un cañón de metralleta. Ante esos ojos. Paula y Andeco emprendieron silenciosa retirada y fueron a colocarse en un rincón junto a los otros niños.



Después de una pelea sin puñetes, la señora gorda salió de la casa del remate con pompa y majestad, y el martillito volvió a verse en el aire. Paula y Andeco empezaron a respirar mejor.

Al poco rato, Panchoco vio que ofrecían un barómetro con agujas surtidas y otras cosas deseables. Sin saber cómo, se le paró el dedo.

—Tengo una oferta de treinta —cantó el señor del martillo mirándolo fijamente a los ojos— y se va en treinta si nadie mejora. Y treinta y cinco y cuarenta . —y continuaban sus ojos clavados en los del pobre Panchoco que sentía mareos. Trataba de convencerse que bien valía no ir al circo si compraban el barómetro. Total sería un gusto más largo y duradero. Casi por complacer al señor del martillo, pestañeó, y en ese mismo momento gritó éste con voz de triunfo—: ¡Adjudicado el barómetro en cincuenta!—. Un recio golpe al pupitre cerró el negocio, en el preciso instante en que Panchoco se daba cuenta de que apenas tenían la mitad del dinero.

Le pareció que se ablandaba el suelo, y al sentir en el brazo el roce del papelito que le alargaba el empleado invitándolo a pagar, habría querido tener un año en vez de nueve y llorar a todo grito.

Se hizo a un lado y fue corriéndose sin disimulo hacia la puerta. Porque Panchoco estaba decidido a ser feliz en la vida y a no dejar que los problemas turbaran su propósito.

—Oye —le dijo a Iván—. Vamos a buscar tu bicicleta y la rematamos al tiro para pagar el barómetro. Total, tu bicicleta es harto vieja y, además, poco sirve porque no te dejan ir en ella a Farellones, así que en buenas cuentas no sirve para nada.

—Pero la bicicleta es mía... —protestó Iván.

—¡Claro! El barómetro también será tuyo y sirve más. Con él sabrás si va a llover mañana y podemos hacer panoramas seguros.

Discutiendo y discutiendo salieron del remate, fueron en busca de la bicicleta, y volvieron con ella muy triunfantes.

Aguardaron junto a la puerta que el martillero anunciara cada cosa, la subiera y bajara hasta venderla y cuando por fin ya no quedaba nada, y el martillero iba a bajar del pedestal, se acercaron los dos con Iván, mientras los chicos sostenían en la puerta el indeseable trofeo.

—Oiga señor, queríamos que rematara nuestra bicicleta —le pidieron.

—No existe ningún lote de bicicletas aquí —se disculpó el señor.

—¡Claro! Pero la hemos traído y le pedimos el favor que la remate. Es terriblemente urgente.

—Lo siento, pero eso no se puede hacer. ¡Voy a cerrar! —y fueron inútiles los ruegos y razones, porque el señor, echándolos para afuera no les dio una esperanza.

En la calle había bajado el sol. La tarde estaba fría y se iba oscureciendo rápidamente. Iván y Panchoco sentían que la vida no tenía sentido. Los chicos los seguían, arrastrando la bicicleta como si fuera un muerto. Todo se había vuelto contra ellos y la idea de la cárcel asomaba a su imaginación como un trueno que se venía acercando.

Los más desesperados decidieron solucionar el problema.

—Volveremos mañana a primera hora a hablar con los dueños para hacerlos entender las razones. Por último, pueden quedarse con su mugre de barómetro y así se acaba el cuento...

Una vez anunciado esto a los chicos, los pecosos volvieron a respirar libremente y regresaron donde Juana, muy hambrientos y con ganas de dormirse luego para despertar al día siguiente y arreglar el negocio del barómetro.



## VI

Era domingo y había que ponerse ropa limpia. Si estuviera la mamá les habría revisado las orejas y cortado las uñas. Pero la mamá no había vuelto y podían ahorrarse esas molestias.

Partieron a misa más o menos impecables.

El día estaba muy lindo y el panorama de ir al circo en la tarde los hacía caminar ligero. Paula se pisó un cordón de zapato y se vino al suelo con tan mala suerte que botó a Pepe y se tiznó la cara. Recibió retos de los mayores y, ofendida, decidió volver a casa. Pero se arrepintió. Lo malo fue que volvió a caerse por la misma razón.

—¡Hay que ser tonta!

—De puro floja no se amarra el zapato...

—Ninguno tiene zapatos con cordones —lloriqueaba la pobre—. Siempre me tocan a mí los que no quiere nadie, los viejos...

—Es que a ti no te crecen los pies.

Logró por fin atar ese cordón para siempre, con un pelotón de vueltas y nudos definitivos.

Un botón que apenas sonó al caer obligó a Andeco a sujetarse el pantalón durante toda la misa.

Menos mal que el canto les salió bien y tenían ese día voz de niños cantores de Viena.

Apenas terminada la misa partieron los seis pecosos camino de la casa del remate.

—Es mejor que entremos los dos solos —dijeron Iván y Panchoco a los demás chicos, y golpearon a la puerta. Pero no vino nadie. El timbre estaría malo, así que decidieron entrar por el jardín y probar suerte en el patio de servicio. La puerta de la cocina estaba cerrada, pero había un postigo entreabierto. Un empujoncito en la ventana solucionó el problema.

Entraron poco a poco, mirando por si había alguien. Luego, con más seguridad, preguntaron: "¿Hay alguien por ahí?", pero nadie contestó. Y entonces, convencidos de que la casa estaba sola, entraron cuarto por cuarto, examinando la cantidad de cosas en que no repararon el día antes.

—Esta pistola me habría comprado yo —dijo Iván, acariciando un viejo trabuco que había en un estante.

—Y yo esta daga —dijo Panchoco—. Chitas que hay cosas salvajes aquí...

—Más vale no haberlas visto —rió Iván— sino quién sabe cuánto estaríamos debiendo. Mejor nos vamos. Si viene alguien puede pensar que entramos a robar.

—Dejemos una carta para el dueño del barómetro, entonces.

Registraron hasta encontrar papel. Y escribieron:

*"Querido señor:*

*Hemos venido a decirle que el negocio del barómetro no resultó.*

*A no ser que usted nos reciba la bicicleta que le puede servir más*

*que el barómetro. Vendremos con ella el lunes.*

*Lo saludan sus ss.ss."*

Y firmaron los dos. Partieron satisfechos a reunirse con los otros, pero llevando dentro una sensación nueva y un recuerdo muy vivo de esa casa solitaria.

—Podríamos hacer algo estupendo en esa casa abandonada —dijo Iván—, con tanta cosa entretenida que hay...

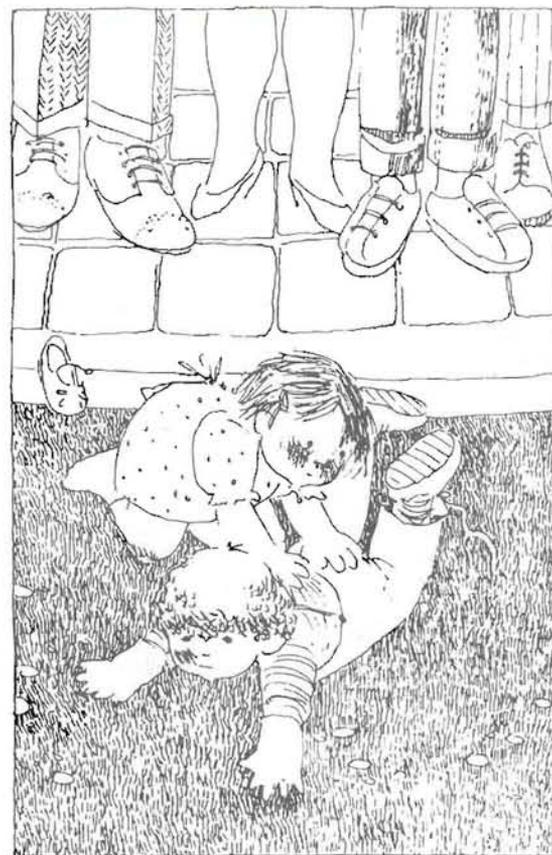
—Volveremos mañana a ver qué pasa.

Los chicos se reunieron con ellos en la esquina. Habían encontrado a Resorte que andaba perdido desde la noche anterior y lo traían amarrado con el cinturón de Andrés.

—El pobrecito tiene un hambre tremenda —explicaban.

Partieron apurados para darle desayuno al hambriento. Hablaban todos a un tiempo, peleando por llevar en sus brazos al perro y después por no llevarlo. Pero, al torcer la esquina se encontraron con algo inesperado. Había una rueda de gente alrededor de un par de autos chocados. Los dueños discutían como perros furiosos.

Los pecosos fueron abriéndose paso para mirar ese par de autos arugados como trapos. Los dueños se ladraban. A uno le temblaban las mejillas como jalea y el otro tenía todo en redondo: ojos, boca y narices. Mientras más rojo se ponía uno, más pálido se tornaba el otro, hasta que de pronto el colorado se abalanzó sobre el blanco y lo mandó al suelo con un feroz puñete. Alguien trató de sujetarlo y cayó con él. Otro quiso levantar a los caídos y rodó por tierra. Sin saber cómo, Andrés salió disparado y



Paula corrió a auxiliarlo, con tan mala suerte que faltó poco para que la reventaran. Cuando Iván y Panchoco quisieron ayudar a los hermanos apareció un carabinero, cuya sola presencia bastó para liquidar el negocio de las cachetadas y garabatos.

Una señora se acercó a Paula, y bastó el hecho de que se interesara por su estado para que ella se llenara de compasión de sí misma y se largara a llorar sin consuelo. El chicoco lloraba por acompañarla y los demás, confundidos, ya no sabían ni cómo se llamaban.

Alguien se acercó al carabinero y denunció que "esos niños habían sido atropellados". Junto con acercarse el carabinero a Paula, los pecosos se vieron rodeados por el montón de curiosos. En realidad, Paula y Andrés estaban sucios y revolcados, y cualquiera podía pensar que eran víctimas. Los dueños de los autos habían desaparecido.

—¿Su nombre? —preguntó el carabinero a Paula.

—Paula —sollozó ella sintiéndose grave.

—¿Estás herida? ¿Te golpeó el auto?

—El auto no, la gente...

El carabinero se desinteresó de ella y se acercó a un curioso.

—¿Es usted el dueño del auto?

El hombre dijo "no" con la cabeza y desapareció.

Una señora, que limpiaba la cara tiznada de Pepe, se acercó.

—Estos niños iban en el auto —aseguró el carabinero.

Los niños se miraron sorprendidos. El carabinero se puso a anotar en su libreta, pero fue interrumpido por el señor de las mejillas de jalea que apareció de pronto:

—En el auto no había más que el conductor —dijo.

—¡Falso! Está tratando de salvar su responsabilidad —gritó la señora—.

Hay más testigos... —y se volvió hacia los curiosos.

—Sí —dijo una viejita—, yo lo vi rodar por el suelo, señor carabinero...

El carabinero anotaba pidiendo nombres y domicilios, mientras la rueda de mirones iba tomando partido. Aquello se convirtió en una guerrilla de palabras, en la que los hombres llevaban la contra a las mujeres, asegurando que los niños no estaban en ningún auto.

—Para aclarar todo esto será mejor que vengan conmigo a la comisaría —dijo el carabinero a los pecosos.

—No podemos —explicó Iván—. Tenemos que volver a casa antes que Resorte se muera de hambre... —y partieron corriendo mientras el carabinero se rascaba la cabeza, tratando de aclarar lo que había pasado.

## VII

Puntualmente, a las dos de la tarde, apareció César, como había prometido. Venía tan limpio y mojado de pelo que los pecosos se sintieron obligados a lavarse la cara para salir con él.

—Vamos a ir por ahí —le dijeron a Juana, y ella, que tenía hartas ganas de dormirse una siestecita, los dejó ir, bien sermoneados.

—Toditos de la mano y nada de hacer leseras —fue su despedida.

Y partieron. Adelante marchaba César con Iván y Panchoco, y los seguían los otros, tomados de la mano como ordenara Juana.

César eligió el micro, César pagó los boletos y fue César quien dio la orden de bajada.

El viaje había sido largo, pero así y todo tuvieron que caminar bastante para llegar al circo.

No era tan lindo como lo habían imaginado, porque la carpa estaba rota y sucia. Una reja de palitos hacía caminos hacia la entrada y tres músicos viejos, sin disfraz, tocaban un tambor con pito y corneta. Había también un buque manicero que echaba humito a tostado y los chicos suplicaban a César que les comprara un cartucho. Pero César no se dejó conmovir y fue a la boletería a pagar las entradas.

Como eran de galería, tuvieron que subir escalones grandes y tembleques, que se columpiaban al pisarlos. Había un suave olor a empanadas y una especie de falta de sonido en general. La pista de "aserrín" la rodeaban murallitas de madera, algunas caídas, y había al fondo una cortina roja, sobre la cual se acomodaron los músicos.

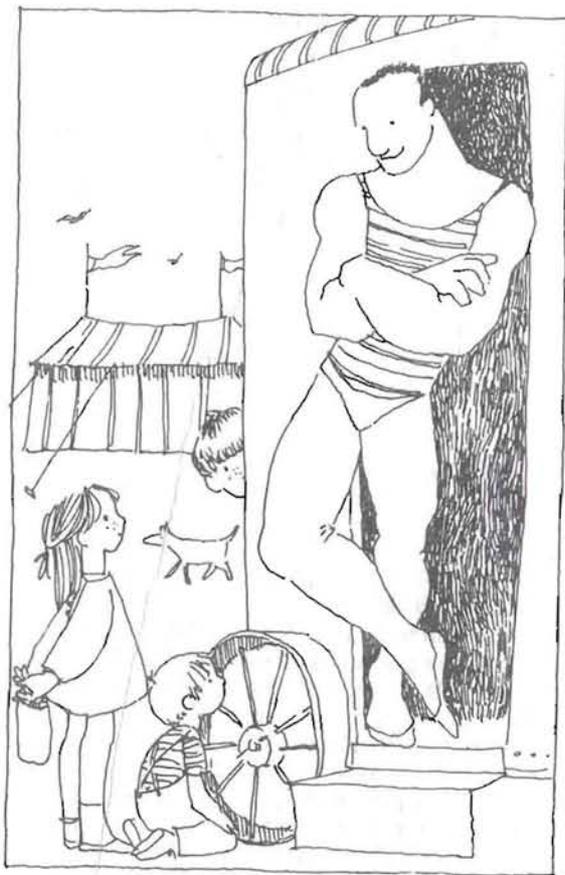
Los pecosos ocupaban todo un tablón de galería, pero sus piernas no alcanzaban al suelo y no podían afirmarse. Rompió la banda con una marcha destemplada ante la cual desfiló todo el personal. Iba delante un señor bigotudo de chaqueta roja con galones dorados, llevando una larga huasca y un pito que resonaba en las tripas de los espectadores. Lo seguían los trapeceistas y luego los payasos, con sus ropas enormes, caras blancas rayadas y algún sombrerito que caía al suelo todo el tiempo.

La función fue magnífica, aunque al final sonaban tan fuerte las hambrientas tripas que no escuchaban la música.

—Llévanos a conocer a tu tío —le exigieron a César como consuelo. Y

César se abrió paso entre la gente que salía para entrar a la carpa y llegar a los camerinos. Era una casa rodante muy pintada, y llena de colgajos de ropas y demases.

—¡Hola tío! —dijo César acercándose al acróbata que aún llevaba la malla con calzoncillos de lentejuelas brillantes.



—¡Hola! —dijo el tío, sin darle ninguna bola al sobrino ni a sus acompañantes.

César los presentó, de todos modos.

—Ellos quieren tomar clases de acrobacia.

El tío se dio vuelta, los miró largamente con su único ojo, y fue haciéndolos girar, uno por uno, como quien elige pollos.

—Así que clases de acrobacia... —dijo con carraspera— ¿Todos ellos? —preguntó al sobrino.

—Los que usted quiera —dijo Iván.

—Podría ser. Habría que ver si tienen condiciones. ¿Cuántas clases por semana?

—Eso depende de lo que valen las clases —dijo Iván.

—No se preocupe por eso. Yo me arreglo con el papá de ustedes. ¿Tienen papá?

—Sí, claro. Pero él no sabe de esto —dijo Paula. Panchoco le dio un puntapié en la canilla para que se callara.

—¡Bruto! ¿Crees que no duele? —lagrimeó Paula.

—A ver si te callas —sopló él por lo bajo.

—¿A qué hora conviene que vaya a hablar con ese papá? —preguntó el acróbata.

—Ese no tiene papá —se entrometió Paula sin lágrimas, indicando a Panchoco.

—Hablaré con la mamá. ¿Tiene patio la casa? ¿Cuál es la dirección?

Panchoco se adelantó a darla y ahora fue él quien se llevó la patada en la canilla con la sandalia de Paula.

—¡Idiota! —se volvió para cogerla de las mechas, pero ella se escapó.

Iván comprendió el motivo de la patada de Paula y se acercó a Panchoco.

—Oye —le dijo— a lo mejor es muy caro y no van a querer pagarle.

—Eso lo arreglo yo —dijo Panchoco, muy seguro de convencer a los tíos—. Venga mañana en la tarde. César sabe el camino.

—Conforme. Y harto bien que les vendrán las clases, porque se ven medio merengues todos...

Junto con despedirse empezó la discusión:

—Yo sé que la mamá lo va a encontrar caro. Todo lo encuentra caro —dijo Marcela.

—Este gallo es rebarato. No hay más que verlo .. Y tu mamá estará feliz porque le preocupa que ustedes crezcan y engorden.

—Tú no tienes por qué meterte a complicar a mi mamá —alegó Paula. Pero Panchoco la ignoró y ella siguió protestando.

—A lo mejor aprendimos todo en una pura clase —dijo Iván, trepando al micro y sintiéndose ya más fuerte. Pero en ese momento partió el bus y lo mandó volando a un rincón.

## VIII

Cuando volvieron a casa, Juana aún dormía.

Marcela preparó unas tostadas, y con mantequilla agregada al gusto de cada uno, no hizo falta nada más. Se acabó el hambre, el pan y también la mantequilla. Pero quedaba luz, de modo que decidieron darse una vuelta por la casa del remate.

Afortunadamente, estaba abierta la misma ventana, de modo que no hubo problema para entrar. Pero la casa estaba totalmente vacía. Lo único que encontraron fue un chongo de escoba y un montón de papeles, entre los cuales había unas etiquetas de cartulina con cordel.

—Son mías —declaró Andrés—, porque yo las gané —pero nadie le discutió.

La casa resonaba con eco, y sus pasos y voces repercutían. Daba una sensación de ser de "ellos".

—¿Qué haremos aquí? —preguntó Marcela.

—Esta casa no sirve para casa embrujada. Tiene las puertas blancas y más parece clínica. Panchoco la miraba con desprecio.

—Yo había pensado en hacer una guarida, una cueva... Pero, podríamos hacer la clínica, si quieres —dijo Iván.

No había material para instalarla, salvo algunas botellas sucias y una tabla de amasar que encontraron en el patio.

—Paula y Marcela ¡a lavar! —ordenó Panchoco, indicando las botellas.

Colocaron la tabla sobre el lavaplatos y decidieron que la cocina sería la sala de operaciones. Había gas en la llave, de modo que podrían esterilizar el instrumental, cuando lo consiguieran.

Marcela encontró un cartón en el cual dibujó un magnífico letrero:

### GRAN CLÍNICA PARA PERROS Y GATOS

PRECIOS DE OCASIÓN

El letrero fue colocado en la puerta.

Entretanto había oscurecido y en toda la casa no encontraron una sola ampolleta para alumbrarse. La oscuridad empezaba a infundirles respeto, y aun

cuando habían declarado que esa casa no servía ni para misterios ni embrujos, ninguno se atrevía a separarse del grupo.

—Mejor volvamos mañana —dijo Paula—. No se puede hacer nada sin luz.

En realidad, empezaban a ver fantasmas por todos lados, de modo que la idea de irse fue acogida. Y partieron conversando.

—Mañana traeremos ampollitas y los instrumentos de operaciones.

—Y algodón —dijo Marcela.

—Y metapio —sugirió el chicoco mirando sus rodillas heridas.

—El Resorte puede servir para darle confianza a los perros enfermos —dijo Andrés.

—Yo atiendo al público —dijo Paula—. ¿Cuánto van a pedir por las operaciones?

—Depende —dijeron los veterinarios.

—¿Depende de qué? —preguntó la relacionadora.

—Bueno, de la operación, del animal, del dueño...

—Yo seré la enfermera —declaró Marcela—, o sea, la arsenalera.

—Yo quiero ayudar a defender al operado —declaró Andrés.

—¿Y qué hago yo? —preguntó Pepe.

—Tú puedes abrir la puerta, botar los algodones sucios y barrer —dijo alguien.

—Me gustaría otra cosa —se desanimó el chicoco.

—¡Podrías ser dador de sangre! —sugirió Panchoco.

—¡Ya! —eso le pareció estupendo— ¿Cómo lo hago?

—No te preocupes. Mañana lo sabrás...

—¡Lástima que tengamos colegio mañana! —suspiró Iván.

Y así llegaron a la casa, haciendo proyectos y sin sospechar la sorpresa que los esperaba.

En la mesa de entrada había un telegrama, Iván lo cogió y vio con sorpresa que era para él.

—¡Es para mí! —exclamó entusiasmado, y lo leyó en voz alta—: "Regresaremos mañana tarde - Cariños Mamá".

—¡Qué pena! —suspiró Marcela, y los hermanos sintieron un reflejo de esa pena, que duró poco. Porque Panchoco dijo:

—¡Macanudo! Si la tía no llega podemos trabajar desde temprano en la clínica. Si ella lo está pasando bien, estoy seguro que querrá que nosotros también lo pasemos bien. Es natural. ¡No vamos al colegio!

La idea cayó estupenda, aunque Iván y Marcela no estaban muy seguros y sólo el entusiasmo de los otros lo convenció.

—Haremos huelga de sueño y no despertaremos hasta que se haya pasado la hora —dijo Panchoco—. En Estados Unidos la hacen siempre. Aunque nos remezca la Juana, nadie despierta mañana...

Cuando vino Juana al día siguiente a despertarlos, no hubo caso; ni sus sacudones, ni sus gritos lograron sacar del sueño a los dormidos.

—¡Despierten! —chillaba Juana con su más poderosa voz—. Es hora de irse. Ni siquiera alcanzarán a tomar desayuno... ¡Qué dirá su mamá cuando despierte y vea que están atrasados!

—No despertará porque no llegó anoche —dijo Iván abriendo un ojo y cerrándolo otra vez—. ¡No llegará hasta la noche y hoy no hay colegio!

—¿Por qué no hay colegio? Nadie me dijo que no había colegio.

—Pero no hay. Es San Goloteo, y hay asueto. Déjanos dormir...

Hablando sola se fue Juana no muy convencida y apenas se perdieron sus pasos en la escala, saltaron los chicos de la cama.

—¡Qué lata dormir! Vamos luego a la clínica...

Se vistieron todos a escape y tomaron su desayuno sin resuello. Luego empezó la recolección de "instrumental" y otras cosas necesarias para instalar la clínica.

Se despidieron cariñosamente de Juana, asegurándole que estarían muy tranquilos en una casa vecina, para darle a ella también asueto en nombre de San Goloteo. Iban bien cargados, pero contentos y llenos de proyectos.

El trabajo fue distribuido y cada uno cumplía con entusiasmo su obligación. La sala de operaciones quedó estupenda con sus botellas lavadas y algunas aguas distintas en ellas: agua aliviada, agua mejorada, agua burbujenta, agua jabonada, etc. En perfecta hilera daba una sensación de cirugía, con todas las herramientas ordenadas sobre un paño limpio de cocina. El algodón sobresalía de un frasco y había otro, lleno de tiras que servirían de vendas.

Andrés cedió sus etiquetas a Paula, como contraseñas para los clientes que pagaran por adelantado.

La sala de espera tenía como sofá una tabla sobre dos cajones, un florero y algunas revistas viejas sobre otro cajón. Estaba perfecta.

—Ahora entren y salgan varias veces —ordenó Iván a los chicos—. Hay que despertar la curiosidad de los vecinos. Con el Resorte.



Y ésta se despertó inmediatamente. Una niña que los miraba desde la casa del frente, preguntó:

—¿Qué pasa ahí?

—Es una clínica de animales enfermos —explicó Andrés.

—Mi gato está enfermo —dijo la chica al momento.

—¿Qué tiene?

—Arestin —dijo la niña con modo interesante.

—Puedes traerlo si quieres —dijo Paula.

A los pocos minutos llegó la niña con su gato arestiniento que daba lástima. Paula la hizo sentarse y esperar, y le dio su contraseña.

—Dijo, y entró al pabellón de operaciones.

Panchoco se calaba los guantes de goma e Iván le colocaba un pañuelo en la boca para evitar contagios.

—El enfermo es un gato con arestin —explicó.

—¡Chitas! Esconde al Resorte porque se pega... No deberíamos recibir enfermos contagiosos —dice Iván.

—Peor es no tener enfermos —declara Panchoco—. Hazla pasar.

El chicoco y Andrés se encargan de esconder a Resorte en un closet y la cliente entra por fin a pabellón.

—Buenas tardes —dijo Panchoco examinando al gato—. Esto es muy contagioso. ¡Nadie toque al animal! —ordena a sus ayudantes.

Y luego de colocar un diario sobre la mesa de operaciones, procede a cortar el pelo al gato y lo unta entero con metapio.

Todos miran, manteniéndose a distancia, mientras la dueña lloriquea al ver el estado lastimero de su regalón.

El cirujano advierte el lagrimeo de la dueña del gato y decide aclarar las cosas.

—Oye —le dice— corta el lloriqueo... Te advierto que aquí no se aceptan enfermos contagiosos, así que estoy curando a tu gato de lo puro cristiano que soy. Tú, lávate bien las manos con *Klenzo* y llévate lejos a tu enfermo...

Marcela lleva a la niña a lavarse en la llave del jardín para no contaminar la clínica, y espera órdenes.

—Hay que quemar todo esto —ordena Panchoco a otro ayudante que sale con el papel con pelos a hacer fogata en el jardín. El humo apesta... El gato pelado y pintado de rojo parece flaco y sangriento, y da horror a todos.

—¡Cómo pudiste hacer eso! —reclaman los ayudantes, mientras la dueña del gato ni se atreve a tocarlo.

—Si tenemos clínica debemos curar a los enfermos. Ese gato arestiniento iba a contagiar a todos los animales sanos de Santiago...

—Ahora te lo llevas y sigue lavándote las manos todo el día. Tal vez sea



mejor untártelas con metapío... —y con un nuevo algodón el aséptico cirujano deja coloreando los dedos de la dueña del gato.

A la salida del enfermo, Paula se niega a cobrar los honorarios mientras Panchoco alega contra ella.



hombres se van.

—Podríamos colocar las lámparas —dice alguien, y parece lógico hacerlo. Iván baja la palanca de la luz y proceden a instalar una de ellas en el pabellón de operaciones. Se ve fenómeno y alumbra más que el día.

Mientras celebran este adelanto de la clínica, suena otra vez el timbre.

—Hemos gastado el frasco entero de metapío, algodón y demases. ¡Quedas despedida si no cumples tu obligación! —le dice.

Entretanto, el gato se escapa a todo correr y la dueña sale disparada tras él. El enfermo parece una lombriz con patas y se pierde de vista.

Ahí quedan los galeños discutiendo y limpiando. Panchoco hace hervir los guantes, que se deshacen dulcemente entre las burbujas de agua.

Afortunadamente suena el timbre de la puerta y la discusión termina como por encanto.

—¡Tocan! —Paula sale corriendo—. Debe ser otro cliente...

Gran desencanto. Son dos hombres que traen unas lámparas y exigen que les firmen el recibo. Iván decide darles gusto, y firma con muchos garabatos el papel y los

Rápidamente los electricistas se transforman en médicos y cada cual toma su puesto.

Paula abre la puerta, decidida a cobrar por adelantado la consulta y merecer el puesto que se resistió a dejar. Pero no es un cliente nuevo; es la misma niñita, esta vez con sus manos vendadas.

—Me ardían tanto que la mamá tuvo que curármelas —explica.

—Ese es el arestín que te comienza —la tranquiliza Panchoco.

—También quería decirles que el gato se murió...

—¿Se murió? No puede ser... ¡Anda a buscarlo!

—La mamá lo echó al tarro de basura. Murió porque la Fresia lo agarró a escobazos...

Hay un suspiro general de alivio y la niñita prosigue:

—En realidad, el gato no era mío. Ni sé de quién era, pero la mamá le había dicho a la Fresia que lo matara si volvía a aparecer.

—De todos modos, tú nos debes un frasco de metapio y un par de guantes de goma.

—Sí, sé que los debo —dijo la cliente.

—¡Págalos entonces!

—Es que si los pago, no los debo. Y quiero deberlos para jugar con ustedes.

—¡Oye, tienes los alambres pelados! ¡Las deudas hay que pagarlas!  
—alegó Iván.

—¡Claro! Y yo quiero pagar la mía con trabajo ¿Qué puedo hacer?

—Mandarte a cambiar —dijo Panchoco enojado—. ¡No te necesitamos!

—Puedes traer clientes —dijo Marcela— y...

Pero entonces sonó el timbre.

—¡Lárgate! —ordenó Panchoco, mientras Paula corría a abrir la puerta. El timbre sonaba con insistencia, aun cuando Paula abrió la puerta.

—Se pegó el timbre —dijo Andrés mientras corría a despegarlo. Se encontró con un inmenso camión y cuatro hombres que bajaban un piano.

—¿Dónde lo colocamos? —preguntaban muy colorados, mientras otro insistía en que firmaran un recibo.

Se miraron todos y después de cambiar ideas lo dejaron instalado en un rincón. El piano bajó al suelo estrepitosamente y ahí quedó sonando durante bastante rato.

Iván firmó el recibo y los hombres se fueron.

—¿Probémoslo? —Panchoco se hizo traer un cajón que sirvió de silla y

comenzó a improvisar. Iván y el chico lo acompañaron. Había teclas y notas para los tres y sonaba fenómeno en la casa vacía. Los espectadores aplaudían rabiosamente

—Es una lesera lo de la clínica —declaró Panchoco— Mejor daremos un concierto esta tarde...

La idea fue aprobada, pero como tenían hambre, cerraron bien la casa y se fueron a almorzar.

# IX

Durante el almuerzo se produjo una discusión entre los virtuosos del piano y el resto de la familia.

—¡Ustedes se creen el hoyo del queque! —decía Paula—. Y como van a tocar, nosotros nos aburriríamos como lesos.

—Nosotros somos los artistas, es decir, los que se sacrifican trabajando, mientras ustedes oyen gratis y comparten lo que ganamos, sin hacer nada...

—¡Claro! ¿Qué se creen? Vamos a latearnos toda la tarde...

—Podrían hacer un coro... o bailar —propuso Panchoco.

—Tú nos crees idiotas —Andeco estaba indignado y no quería dejarse pitar.

—Porque fuiste a Estados Unidos te creés la muerte—. Y así, se fue calentando el ánimo, se subió la mostaza y vinieron los puñetes.

Juana los echó afuera a pelear. Sacó insospechadas energías y se hizo obedecer.

De pronto Paula descubrió unas cabezas asomadas por encima de la muralla y se acercó.

—¿Qué miran? —preguntó cruzando atrás las manos.

—La pelea... —dijeron a una voz los intrusos— ¿Por qué pelean?

—Por pelear —dijo uno de los chicos—. Y ustedes ¿por qué miran?

—Por mirar —contestaron las dos cabezas.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Marcela.

—Ramón y León. Somos mellizos —seguían contestando en coro.

—¿Son de los pegados? ¿Por qué hablan a un tiempo?

—Es que pensamos igual. Por eso nos aburriríamos...

—¿Y no tienen juguetes? —alguien preguntó burlón.

—Todos los juguetes —respondieron los mellizos.

—¡Chitas los farsantes! A ver, muestren algo —dijo Panchoco.

—Vengan a verlos mejor —dijo uno solo.

—Iremos —amenazó Andeco.

Y se largaron los seis a la casa vecina. Iban seguros de no encontrar nada interesante, pero fue grande su sorpresa al ver que en esa casa estaban todos los más lindos juguetes posibles de imaginar. Trenes eléctricos,

go-karts, bicicletas con motores, buques, submarinos, trompos de todo tipo, soldados, aviones, tanques, fortalezas y hasta una nave espacial. Parecía increíble que los mellizos se aburrieran teniendo todo eso...

En un momento cobró vida esa casa y los juguetes empezaron a funcionar en manos de cada uno por separado. El ruido era espantoso y el entusiasmo contagió a los aburridos.

Zumbaban los aviones, mientras chocaban trenes o bicicletas y se competía en fútbol, en tenis y hasta en hombres-rana dentro de la piscina. Nadie se acordaba ya de la casa vacía con su clínica o su concierto de piano. La intensidad del juego de cada uno parecía estremer hasta el jardín.

—¡Quiero agua! —declaró Pepe de pronto y entonces los mellizos lo llevaron al repostero y le dieron a elegir entre cuatro bebidas.

Se empinó cada botella, y cuando no le cupo nada más, sopló al oído de cada uno de los otros el "dato". Uno a uno fueron sintiendo sed los seis vecinos, y uno a uno fueron aprovechando la oportunidad de servirse sin medida. Los mellizos los miraban encantados.

—¿Quieren torta? —preguntó uno de ellos, abriendo el refrigerador.

Pero la torta pasó a segundo plano cuando se descubrió un pavo que fue rápidamente devorado por los golosos vecinos. La torta y los helados también encontraron cabida en los insaciables.

—¿Es el cumpleaños de ustedes? —preguntó Iván con la boca llena.

—No, ¿por qué?

—Bueno, por las cosas ricas que tienen...

—Siempre hay estas mismas cosas —dijeron los mellizos.

—¿Siempre? ¿A tu mamá no le importa que las comamos? —preguntó Marcela.

—¿Podremos volver mañana? —preguntó Paula.

—¿Podremos venir todos los días? —preguntó Andrés. Iván le dio un puntapié; no le gustaba que se pusieran frescos sus hermanos. Pero Andrés se defendió y volaron las patadas por un rato. Esto fue lo que más fascinó a los mellizos. No les había tocado antes ver una pelea tan de cerca y la observaban con avidez, aprendiendo la técnica. Y tan bien la aprendieron que antes de cinco minutos estaban ya los mellizos entrenándose.

—Tenemos que irnos —dijo de pronto Iván, acordándose del concierto.

—¿Podemos ir con ustedes? —preguntaron en coro los mellizos.

Se consultaron con la mirada los pecosos y, por unanimidad, los

invitaron: con todo lo que habían aprovechado de los mellizos, era justo admitirlos como socios, al menos por un tiempo.

—Vengan si quieren —dijo Panchoco— pero estamos organizando un concierto, y pueden aburrirse...

—¿Ves como tú mismo lo dices? —reclamaron voces chicas.

—No empecemos de nuevo —dijo Iván aplacando a los reclamantes—.

Poco a poco iremos haciendo que la cosa resulte divertida. Mientras uno toca, otros pueden bailar música libre, los acróbatas pueden hacer pruebas y, en fin, cada uno discurre lo que puede gustar al público.

—A mí me gustaría bailar la jota —dijo Paula.

—Y yo quiero ver la suerte...

—Nosotros podríamos cantar —dijeron los mellizos.

—¿Qué cantan? —preguntó Iván.

—Cantan una jota —dijo Paula.

—Yo no sé tocar jotas —dijo Panchoco.

—No importa, yo bailo con lo que tú toques...

—Toco Bach, Mozart y hasta Beethoven. Vas a fregar mi concierto.

—Le puedes poner compás de baile —propuso Marcela—. En todo caso, a mí como adivina, me conviene la música de fondo.

Así, alegando, llegaron a la casa vacía. Los pianistas se abalanzaron sobre el piano, haciendo un ruido atroz. La bailarina no podía ensayar su jota porque en el teclado funcionaban tres distintos trozos musicales. La adivina no lograba oír su propia voz... A los acróbatas se les crispaban los nervios con la revoltura de música y los horribles falsetes del conjunto. Los mellizos miraban tratando de hallar asunto a este juego.

Panchoco dio un gran golpe al teclado.

—¡Ya! Se acabó el ensayo —dijo a todo vozarrón—. No se puede organizar algo serio con mocosos.

Cerró el piano y se sentó sobre la tapa.

Se hizo un silencio profundo, tan profundo que nadie se atrevía a interrumpirlo. Las protestas de todas las bocas no salían. Se había oscurecido y el piano era una enorme sombra negra...

De pronto se oyó girar en la chapa de la puerta de calle una pequeña llave. Algunos cabellos se pusieron de punta y dieciséis ojos y dieciséis orejas, en estado de alerta, esperaron lo peor.

—Alguien viene —susurró Iván—. Pueden ser los dueños... Sin hacer ruido, todos a la cocina...

La orden fue cumplida, y como un zumbido de moscas los ocho se escondieron en la cocina.

—Nadie se mueva —también la orden llegaba en secreto—. Cuando sientan cerrar la puerta de golpe, nos largamos...

Se oyeron voces y pasos en la sala de concierto, mientras todos esperaban en suspenso con pavorosa atención. En esto, se cerró la puerta e Iván dio la orden de salir en puntillas, uno a uno.

Como un piquete de soldados que avanza por trinchera enemiga, así de cuidadosos y prudentes, fueron saliendo por el patio de atrás. Apenas alcanzada la reja, se dispararon en desordenada carrera y llegaron jadeantes a sus casas.

Había vuelto la mamá y el papá, y traían un congrio recién salido del mar.

—¿Qué cuentan? —preguntaban a los niños.

Se miraron y antes de hablar ninguno, apareció Resorte que salvó la situación.

—Él llegó cuando ustedes se fueron —dijo el chicoco—. ¡Lo hemos pasado chori!

# X

Al volver del colegio, al día siguiente, se encontraron con César que los estaba esperando. Fue una sorpresa feliz y les levantó el ánimo, porque traían muchas tareas y venían cansados.

Mientras tomaban el té, le pidieron a César que les prestara el diario de la tarde. Traía varios, y se los repartieron para verlos.

En la primera página, con grandes titulares, se anunciaba un robo.

Iván leyó en voz alta: "Cuantioso robo en calle Norte. Los audaces ladrones desvalijan casa, llevándose hasta un piano. Aprovecharon la mudanza del nuevo arrendatario y se llevaron menaje, lámparas de cristal, etc. Pero olvidaron tomar precauciones y dejaron impresas sus huellas digitales en la cocina, donde, según parece, se dieron un festín. La policía está sobre la pista y no tardará en aprehender a los bandidos".

Iván y Panchoco se miraron y sus ojos se pusieron redondos.

Panchoco volvió a leer la noticia, pero en voz menos alta. Marcela y Paula los miraban, esperando alguna señal para largar el llanto. Andrés con las manos en los bolsillos y con ojos terriblemente negros, se paseaba muy serio y preocupado. Sólo el chico no alcanzaba a comprender mucho lo que pasaba.

—¿Qué pasa? —preguntaba—. ¿Se entraron a robar en esta casa?

Pero nadie contestaba. Se acercó a Paula:

—Oye —le dijo— ¿robaron la casa de los mellizos?

Tampoco obtuvo respuesta. Entonces empezó a preguntar a cada uno:

—¿Nos van a tomar presos?

Iván se acercó a Panchoco, muy colorado.

—Creo que lo mejor será contarle al papá lo que pasó —dijo.

—¿Te van a tomar preso, Iván? —insistía el pobre Pepe.

—¡No sacamos nada con decirle! Los diarios siempre anuncian que están sobre la pista y nunca pillan a nadie... —Panchoco simulaba calma mientras su corazón trepidaba como una moto a punto de partir.

—Y si vienen a buscarnos, ¿qué hacemos? —los ojos de Marcela parecían balas a punto de dispararse.

Paula empezó a llorar. Iván la sacudió con energía.

—No compliques las cosas —le dijo secamente

—¿Qué tienen que ver ustedes con el robo? —preguntó César.

—¡Nada! —explicó Panchoco—. Sólo que ayer entramos a curiosear en esa casa. Nos vinimos cuando abrieron la puerta los ladrones. Creímos que eran los dueños...

Paula seguía llorando, mientras Marcela trataba de pensar y de tragarse el *cototo* que apretaba su garganta. Panchoco, en su preocupación, se escarbaba la nariz como si dentro de ella fuera a encontrar la solución del problema.

—No veo por qué se asustan —dijo César— No pueden descubrirlos porque no tienen en investigaciones las impresiones digitales de ustedes

Con gritos de alegría, saltos y abrazos para César terminó la cuestión. Respiraron con una felicidad muy honda, y se largaron a bailar alrededor de César. De pronto, Panchoco se detuvo y su cara se ensombreció.

—¿Qué te pasa? —preguntó Marcela.

—Tienen mis huellas. Me pillarán seguramente. Mi pasaporte...

—Es muy fácil —dijo Iván—: te lijaremos los dedos hasta borrarlas. Por lo demás, creen que estás en Estados Unidos.

—Si mis huellas están en Chile, quiere decir que yo estoy en Chile —dijo Panchoco tristemente.

—Borremos tus huellas...

Y empezó la tarea, primero con piedra pómez, luego con lija. Pero sólo lograron limpiar muy bien las yemas de los oscuros dedos de Panchoco. Insistiendo, empezó a salir un polvillo blanco.

—Esa es mi piel —reclamó Panchoco adolorido—. Piel molida...

Sonó el timbre y la operación se suspendió.

—Anda a abrir.

El chico iba a partir corriendo, cuando lo sujetaron de un brazo.

—Tú no —dijo Iván—; puedes meter la pata. Que vaya la Marcela.

Y Marcela volvió casi inmediatamente, anunciando que era un señor.

—¿Qué señor? —Panchoco, con el dolor a los dedos, se había tornado suave en sus modales.

—¿Vienen a tomar preso a Panchoco? —el tapaboca lo dejó medio aturrido.

—Un señor que no conozco, un señor que no es tío —explicó Marcela.

—Podría ser un agente —dijo Iván.

—Podría, porque no tiene cara de nada en especial.  
—Vamos a hablar con él —y partieron los siete a recibirlo.  
—Buenas tardes —dijo el señor con cara de nada, estrechando siete manos pegajosas.

—¿Está el papá?

Siete cabezas negaron a un tiempo.

—¿Podrían entregarle este papel?

—¿Es una citación?

—Precisamente. Una citación muy importante.

Esta respuesta cayó como una nevazón sobre los niños. Quedaron todos helados. Y también mudos. La cabeza de Paula comenzó a funcionar acelerada...

—¿Le gustaría tomar té con nosotros? —se acercó con su mejor sonrisa. Pero recibió un pisotón de Iván, que decidió ignorar.

—Gracias, niñita. En realidad me vendría muy bien. Almorcé muy temprano y agradezco su invitación.

Los niños retrocedieron, dando paso al agente. Su cabeza de pelo gris les preocupaba, pero la idea de Paula de hacerlo amigo, parecía una buena idea. A lo mejor conseguirían que se llevara de vuelta la citación.

Se sentaron alrededor de la mesa muy ordenadamente. Paula se sentía dueña de la situación.

—Venimos llegando del colegio —dijo— y mientras vuelve la mamá, haremos tareas. Nunca nos deja salir sin ella.

Juana llegó con la bandeja de té y una panera con tostadas. Ninguno estiró la mano para sacarlas, ni hubo pelea por conseguirse las más doradas, como en otras ocasiones. Cuando le ofrecieron al agente, movió la cabeza.

—Si hubiera un poco de pan sin tostar —dijo— les agradecería. Estoy en tratamiento de los dientes y las tostadas... —hizo un gesto con la mano gorda. Paula voló a traerle una marraqueta.

—¿Es obligación entregarle al papá este papel? —preguntó Marcela. A todo esto, el papel tenía ya algunas manchas de mantequilla y se iba poniendo transparente.

—Obligación —dijo el agente—. Si no lo hicieran podría costarle muy caro a su papá.

—¿Cuánto le costaría? —preguntó Andrés, pensando en que tal vez ellos podrían pagar de algún modo ese dinero.

—¿Lo llevarían preso? —preguntó Pepe y se llevó su bien merecido canillazo

—¿Hace muchos años que usted cita a la gente? —preguntó Marcela

—Treinta y cinco años

—Pero algunas veces no serán culpables —dijo Iván

—¿Algunas veces? —repitió el señor— La mayoría de las veces.

—Sí, porque muchas veces las impresiones digitales son sólo parecidas y no las mismas —dijo Marcela.

—Para saber que alguien ha robado no basta con la cuestión de las huellas, ¿verdad? Hay que encontrar las cosas robadas en casa de los ladrones —dijo Panchoco.

—Aquí no tenemos piano —dijo Paula

—Los ladrones generalmente venden lo que roban. No lo guardan en sus casas —contestó el agente a Panchoco, sirviéndose otra taza de té. Un gran silencio siguió a esta ceremonia.

—Conoci a un pillo que a medida que robaba iba mandando las joyas robadas en unas gredas que enviaban a la Argentina. Se demoraron diez años en pillarlo —dijo el agente.

—¿O sea que si un niño chico roba, o parece que roba, lo pillan cuando ya está casado?

—Así es. La policía es lenta, a veces

—Y si no es culpable, pero no puede probar que no robó ¿también lo llevan preso?

—Claro, a no ser que sea Ministro

—¿Es fácil ser Ministro?

—Muy fácil. Es cuestión de ser amigo de un Presidente

—¿Se puede ser Ministra? —preguntó Paula.

—En Israel, el Primer Ministro es mujer.

—Tú puedes ser Presidente, Iván y, entonces, haces Ministro a Panchoco y se acabó el cuento —Paula se tomó por fin su té frío

—¿A usted le gusta ser policía? —preguntó Andeco

—Yo fui policía y no me gustó la carrera, por eso la dejé.

—¿Entonces no tiene nada que ver con ellos? —preguntó Marcela.

—Nada. Soy repartidor de citaciones de una empresa y nada más.

Los niños se miraron y una alegría tremenda los contagió.

El invitado se sintió molesto sin saber por qué y declaró que tenía que

repartir aún muchas citasiones Se despidió precipitadamente y nadie lo acompañó hasta la puerta.

—Hay que celebrar esto —dijo Panchoco—, vamos un rato a ver a los mellizos —y se largaron los siete a la casa del lado.

## XI

Como un asalto, entraron todos corriendo y se fueron directo al cuarto de juguetes. Ya desde la entrada se oían golpes y más golpes, y en medio del desorden de cosas sembradas por el suelo rodaban los mellizos en un estrecho abrazo de puñetes, tirones de pelo y hasta patadas.

Costó que se dieran cuenta de la visita, tan empeñados estaban en su exquisita lucha.

—Estábamos peleando —dijo uno, limpiándose un poco de sangre de la nariz, y quedando tiznado con ella—. Ramón me la sacó.

—Pero él me arañó y casi me saca un ojo —declaró Ramón con orgullo.

—¿Por qué peleaban?

—¿Por qué? —repitió León.

—¡Por nada! —explicó Ramón satisfecho—. Si quieren pueden pelear ustedes ahora. Nosotros nos cansamos. Estamos peleando desde que terminó el almuerzo...

—Yo creo que sería bueno curarles las heridas —dijo Panchoco—. Se pueden infectar y les viene gangrena..

—¿Ustedes saben curar? Mi papá tiene un botiquín de primeros auxilios —y mostraron el camino hacia una inmensa sala de baño, con aparatos de todo tipo. En pocos minutos, la sala se había convertido en pabellón quirúrgico. Había dos heridos y dos médicos para atenderlos, y cada cirujano tenía dos ayudantes. Además, el chicoco se ocupaba de sujetar al que estaba siendo operado.

Ramón y León fueron acostados sobre las colchas de raso de las camas de sus padres, mientras los ayudantes iban y venían con algodones, recipientes surtidos, remedios y toallas. En realidad, la sangre era poca, pero con el agua aumentaba desteñidamente rodando por almohadas y cubrecamas. Los ayudantes limpiaban los ríos con enormes pelotones de algodón, que iban tirando al suelo. Las palanganas de agua se derramaban un poco en el acarreo, pero nadie protestaba. Las curitas iban quedando pegadas en las caras de los combatientes con o sin necesidad. Ramón tenía tres curitas en la frente y dos enormes tapones de algodón colgando de su nariz. León quedó con un ojo cerrado por otra curita y una inmensa

compresa de algodón en una oreja, para prevenir un posible dolor de oídos que anunciaba el doctor. Los mellizos parecían dos lamentables gallos después de la pelea.

Lo único malo en toda la operación fue que una llave del lavatorio verde se empeñó en no cerrar, y todas las manos juntas sólo consiguieron hacerla correr más. César dijo que él sabía componerla y había trabajado de ayudante de su padre, cuando éste era plomero.

—Si tienen una llave inglesa —dijo— puedo arreglarla

Los heridos trajeron al momento dos llaves de distinto tamaño.

Pero tocó la mala suerte que apenas César ajustó bien la llave elegida, saltó todo el aparato en trágico desparramo, vomitando su válvula, su suela, pernos y otros, y convirtiendo el chorro de agua en un verdadero grifo, de aquellos que sólo sirven para apagar incendios.

—Olvidé cerrar la llave de paso —dijo César.

En ese momento las manos de Iván y de Panchoco trataron de contener el chorro de agua, logrando únicamente que saliera disparada hacia todos lados dejándolos empapados. Las murallas chorreaban agua y poco a poco aquello se iba convirtiendo en piscina.

—¡Traigan ropa! —ordenó Panchoco, y fue encubriendo la llave con toallas, luego cubrecamas, frazadas, almohadas y hasta una alfombra. El lavatorio verde ni se veía bajo la montaña de colores y materiales. Pero el agua, inmutable, iba surgiendo por diferentes lados y un río porfiado fue creciendo y creciendo.

—¡Cerrar las puertas —ordenó alguien, y las puertas se cerraron. Pero el agua se las arreglaba para pasar por debajo y aparecía al lado afuera con su tranquito apurado.

Todas las ropas mojadas se pusieron de tranca en el suelo. Pero entonces empezó a subir el agua en la pieza y poco a poco los nueve niños navegaban.

—¡Hay que hacer algo! —exclamó Iván— ¡Llamemos un gásliter!

—Es que si abrimos la puerta se larga el agua por toda la casa...

—Se largará de todos modos.

—Es que nos va a llegar...

—También nos va a llegar de todos modos...

—Llamemos por la ventana —alguien discurrió.

Y empezaron los gritos. Pero nadie acudió.

Se pusieron los ocho y en coro largaron un "¡SOCORRO!" a todo pulmón. El agua ya subía por sus canillas y a los chicos les alcanzaba a la cintura...

De pronto, César se iluminó.

—Debe haber una llave de paso —dijo, acordándose que se había reprochado el no haberla cerrado antes de operar y dieciséis manos empezaron a remover el agua cerca de las murallas.

—¡Aquí —gritó el Chicoco—. Encontré una llave pero está redura.

Las dieciséis manos acudieron y con la fuerza de todos empezó a funcionar. Naturalmente para ello se empaparon toditos hasta el cogote, pero con el esfuerzo y la felicidad nadie sentía frío.

Poco a poco el chorro de agua iba bajando de altura y llegó el feliz momento en que no salió más.

La alegría fue tan grande que decidieron celebrarla.

—Ya que estamos mojados, nademos un poquito —dijo Paula. Y todos empezaron a nadar sin mucho éxito, pero sí con bastante alboroto. Se hicieron concursos de hombres ranas, rastreo submarino y otros ensayos. Al cabo de un rato, el agua había bajado de nivel.

—Con paciencia nos podríamos tomar toda el agua y terminar el problema —dijo Panchoco.

—Yo no tomo agua con tu mugre —dijo Marcela.

—Con la mugre de todos, la hemos tomado bastante. Por eso hay menos...

—La podríamos vaciar por la tina y demases.

Y empezó la tarea con los vasos de dientes, estrujando una toalla abuchando y hasta recogiendo en las manos. Al cabo de un rato, Iván midió cuánto había bajado.

¡Apenas un centímetro! —declaró desanimado—. Hay que acelerar el bombeo...

Los operarios engancharon primera y comenzaron la tarea a un ritmo increíble... Al poco rato, el cansancio los iba tirando sentados, tratando de recobrar el aliento. Nadie tenía frío, pero sí muchos tenían calambres en los brazos.

Se había escondido el sol y empezaba a oscurecer.

César declaró que era hora de volver a su casa y sentía mucho tener que abrir la puerta.

—Es fuerza mayor —explicó cogiendo resueltamente la perilla.

—Oye —Panchoco le sujetó la mano—. Si tú hubieras cerrado la llave

de paso antes de meterte a arreglar la llave, no habría pasado nada. ¡Ahora te quedas hasta que terminemos!

—Yo no descompuse la llave...

—¡Nadie la descompuso, pero tú la fregaste!

Los grandes se habían puesto colorados discutiendo y los chicos tenían caras de desesperación.

—Si pudiéramos saltar por la ventana —dijo Andrés, asomándose. Pero estaba muy lejos el suelo. Un segundo piso es cosa seria.

—Si hubiera un incendio, saltaríamos —dijo Marcela.

—Pero no hay y tampoco hay bomberos.

—Podemos hacer una amarra de sábanas y bajar...

Antes de terminar la frase ya estaban las dieciséis manos funcionando en amarrar sábanas y frazadas que pesaban como elefantes. Las ataron una a otra y amarraron una punta al pie del lavatorio y el otro extremo a la cintura de Andrés, al que querían dejar caer poco a poco. Pero el paracaidista se fue abajo de un run y quedó pataleando a medio camino. Las sábanas quedaron cortas...

—¡No te largues! —le gritaron—. Estás muy lejos del suelo...

En realidad era como esos volantines que se quedan cogidos en un alambre. Corría peligro.

—Tiremos más sábanas para hacerle un colchón —sugirió alguien.

Y se tiraron. Pero cuidadosamente, para no echarlas encima del paracaidista. Iban cayendo aplastadas; no había manera de formar un colchón.

—¡Voy a tirarme de pie! —anunció Andrés y se largó. Tuvo la suerte de caer como los gatos y no le pasó nada.

—Ahora subamos el cordel y agreguemos otra sábana —dijo Iván. Entonces, hubo que sacar la que servía de tranca para atajar el agua bajo la puerta.

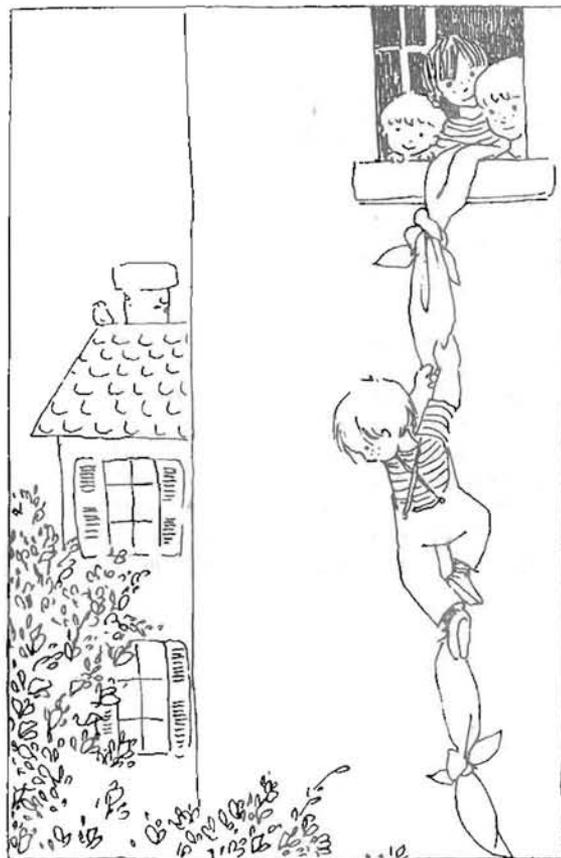
—¡Amarra la manguera y la subimos para que sirva como bomba!

Las patitas de Andrés corrieron a cumplir la orden y la manguera fue elevada. La sumergieron en la piscina y ordenaron:

—¡Chupa fuerte! —pero Andrés no podía hacerlo sin sacar el rociador que estaba duramente apernado. Corrió en busca de un cuchillo y rebanó limpiamente el aparato, dejando libre la manguera.

Entretanto, el agua del baño se había ido filtrando bajo la puerta y bajaba rápidamente de nivel. Andrés chupaba hasta quedar morado y no salía gota en la manguera.

—¡Sigue chupando! —ordenaban los de arriba, alborotados con el extraño resultado. Sin salir agua por la larga manguera, la piscina se iba vaciando milagrosamente.



De pronto, se abrió la puerta de sorpresa y el cuarto del baño se llenó de gritos... y de olas.

Siguiendo la cascada de agua que bajaba por la escala las empleadas habían llegado hasta la fuente misma y al abrir la puerta, con la fuerza del agua, se cayeron sentadas en pleno río.

César aprovechó la confusión para desaparecer y volverse a su casa, pero de camino corrió a avisarle a Andrés que no gastara más fuerzas de aspiradora.

Nunca se supo cuánto rato duró en desaguarse la piscina, mientras corría escala abajo la cascada. Ni tampoco se supo desde dónde apareció tanta gente de buena voluntad para barrer y enjuagar el agua. Una mujer gorda se preocupó de cambiarle ropa a los niños mellizos y a los vecinos, y aunque algunos quedaron con chombas muy estrechas y otros muy largas, al menos estaban secos. Pero lo más extraño, era que el merecido reto no llegaba...

—Mañana pueden venir a buscar su ropa —decía la increíble gorda—. Les daré una taza de chocolate caliente mientras tanto...

Y se las dio.

—Apenas volvamos al colegio vendremos a encerrar todo —prometían los culpables, confundidos ante tanta bondad.

—No se preocupen. La culpa fue mía. Yo debía haber llamado al gasfiter, pero me olvidé. Esa llave estaba mala...

—De todos modos, vendremos —aseguraban los vecinos.

—No hay apuro. Cuando llegue la señora estará todo como antes.

—Volveremos... —prometían al salir, muy convencidos que iban a cooperar y reponer el desastre, pero también felices con la idea que esos "papás desconocidos" no verían lo que pasó en su casa.

## XII

Aunque se habían preparado muchos programas para ese miércoles, con sólo medio día de colegio, las cosas resultaron de otro modo.

Todos amanecieron resfriados; tres de ellos con fiebre y dolor de garganta. Total: cama. Iván y Panchoco discurrieron salir en bicicleta con los vecinos y Paula se quedó en son de "niña buena", para cumplir los mandados y encargos de los enfermos.

Pero no duró mucho. Al poco rato, sus modales suaves y maternales cambiaron bruscamente, alargó su trompita en actitud taimada y saltó de sus labios un rosario de protestas.

—¡Hasta cuándo voy a ser esclava! —declaró— Que tráeme la peineta, llévate la muñeca, pásame el costurero, arrégrame la cama, prepárame un pan con mantequilla... ¿Qué te crees? ¡No hago un mandado más! —y se sentó en la cama de Marcela llena de compasión de sí misma.

—Te sientes santa porque haces un par de cosas por una hermana enferma. —Marcela también se enojó—. Cuando tú te enfermes no te voy a pasar una sola cosa...

—¡Claro! La media injusticia, después que no he hecho otra cosa que cumplir tus mandados...

—Por peleadora te voy a quitar la chomba que te di.

—Cuando me la diste, ya sabía que me la ibas a quitar...

—¿Cuándo te he quitado algo? —Marcela estaba indignada.

—Nunca, porque nunca me das nada. Me habría gustado no tener hermana...

—Eso es desearme la muerte, porque podrías ser hermana de otra persona.

—No podría ser hermana de otra porque tendría que ser hija de mi mamá. ¿O quieres tú otra madre?

—A toda costa me quieres hacer pecar ¿no? Ese es el pecado más grande de todos... —Paula furiosa se alejó de la cama y fue a mirar por la ventana para ventear su enojo.

Alguien tocaba el timbre en la reja.

—¿Quién es? —preguntó olvidando su pelea.

—¡Soy el César!

La cara del César asomó entre los barrotes:

—¿Está Iván o Panchoco? —preguntó.

—Salieron —dijo Paula—. Vuelve otro día. Los demás están enfermos...

—Esperaré a que vuelvan. —El César se sentó en la vereda.

Paula se acercó a Marcela y le sopló al oído:

—Creo que viene por la bicicleta...

—¿Qué pasa con la bicicleta?

—Creo que se la regalaron, o algo por el estilo —dijo Paula.

—A la mamá no le va a parecer muy bien. Las bicicletas valen mucha plata —dijo Marcela, con los ojos muy redondos.

—Ese es asunto de ellos —Paula se cruzó de brazos y comenzó a pasearse por la pieza.

—Pero si prometieron dársela, tendrán que cumplir su palabra —dijo Marcela.

—¡Yo no me meto! Después de todo, siempre la cargan connaigo. Me echan la culpa de todo. La Paula, la Paula, la Paula...

—¿Quién te está echando la culpa? ¿Qué te he dicho yo?

—Tú me dices que entregue la bicicleta...

—¡Ni he pensado!

—Bueno, pero quieres que la entregue. Estás diciendo que si la prometieron...

Por suerte entró la mamá en ese momento.

—Hay un niño que viene por la bicicleta —dijo inocente.

—¡Yo no se la di! —saltó Paula.

—¡Yo tampoco! —alegó Marcela.

—Pero... ¿cómo se les ocurre regalar la bicicleta sin consultarme? El papá y yo ahorramos dos años para comprarla...

—¿Tanto? —preguntó Marcela.

—A lo mejor es un cuento de ese niño de que se la regalaron —pensó en voz alta la mamá a modo de explicación.

—Eso no, mamá. Es decir, yo creo que no —dijo Paula.

—¿Conoces a ese niño?

—Sí, es el César.

—¿Qué César?

—Bueno, el César no más. Ese que dicen "Dad al César lo que es del César". Por eso, yo que usted le daba la bicicleta.

—No entiendo. —La mamá estaba a punto de aclarar las cosas a pellizcos, y a Paula le dolían los brazos de sólo pensar en lo que se anunciaba.

—Es mejor que le pregunte a Iván o a Panchoco —dijeron las dos a un tiempo.

—Prefiero hablar yo misma con el famoso César —decidió la señora, abriendo la puerta para salir. Paula la detuvo.

—Es mejor que vaya yo a hablar con él. Le diré que se vaya —y partió corriendo hacia la puerta.

—¡Hola César! Mala suerte, pero no están los chiquillos...

—Es igual. Me prometieron la bicicleta si convencía a mi tío de no venir a dar clases. Lo convencí, así que la bicicleta es mía.

—Yo creo que fue una broma... —Paula trató de preparar el terreno.

—¿Una broma? —repitió alelado el pobre César.

—Parece que la bicicleta es del papá, o algo por el estilo. Ellos no pueden darla... Si quieres te regalo otra cosa.

—¿Qué cosa? —César estaba seriamente preocupado.

—Podría ser algún juguete, o un libro, o cualquier cosa... Lo que tú quieras, menos la bicicleta.

—Quiero la bicicleta —dijo César con firmeza.

—¡No hay caso! ¿Te gustarían los patines?

Paula mejoraba la oferta.

—No. ¡Quiero mi bicicleta!

—No es tu bicicleta. ¡No pueden darte lo que no es de ellos! ¿Entendiste?

—No.

—Es que la gente siempre ofrece cosas y no las da. A mí me han ofrecido una muñeca, una casita y un monopatin y nunca me los dieron. Eso pasa todos los días.

—Es que si no me dan mi bicicleta, me las van a pagar.

—No seas vengativo... Te doy otra cosa, la vendes y te compras una bicicleta.

—Quiero la bicicleta.

—¡Eres porfiado como mula!

—La mula eres tú y vas a ver...

Paula no alcanzó a oír las amenazas porque partió corriendo.

Más tarde, cuando nadie se acordaba de la venida del César, llegó Juana a avisar que un caballero quería hablar con Iván.

Panchoco también se creyó aludido y, sintiéndose los dos muy importantes, fueron a recibir al visitante. Paula los siguió.

—Buenas tardes —la cara del caballero era vagamente conocida.

—Vengo por las clases de acrobacia que contrataron conmigo en el circo —anunció el desconocido.

—¡Aaaaah! —fue la estúpida exclamación con que respondieron los niños.

—Es la venganza del César —sopló Paula al oído de Iván. Pero él no entendió nada. No se acordaba del compromiso con César para que consiguiera que su tío no viniera a dar clases. Tampoco le habían dicho que César vino temprano a cobrar la bicicleta.

—¿Dónde podríamos hacer la clase? —preguntó el acróbata.

Panchoco fue el primero en reaccionar.

—Es imposible hoy día, están todos enfermos. Hay epidemia —declaró—. Algo a la garganta. Nosotros caeremos enfermos mañana, según parece. Usted también si se queda...

—No le temo a los microbios. Pero si prefieren hacer la clase otro día, no hay problema. Yo vuelvo. Eso sí, que me cancelan ésta. He cumplido y vengo desde lejos...

—Lo malo es que no podemos pagarle —dijo Iván—. No hemos hablado todavía con el papá.

—Eso lo arreglo yo —el acróbata se había puesto seco—. Si creen que van a burlarse de mí están bien equivocados —sacó pecho y pareció inflarse.

—No está mi papá y el papá de Panchoco está en Estados Unidos.

—Esperaré a que lleguen —se acomodó en un sillón. Los niños sentían algo como mareo y mucho malestar.

Paula trató de ayudarlos.

—¿Quiere una taza de té? —tenía un vago recuerdo que la taza de té cambiaba siempre las cosas.

—No —respondió secamente el tío del César—. A mí no me compran con tacitas de té. Quiero mi dinero.

—Se lo daremos la próxima clase. Ahora no tenemos.

—Lo siento. Es hoy mismo cuando me lo van a dar.

Hizo una pausa y se acomodó en el asiento.

—En mi circo hace falta un acróbata pequeño y miró a Paula—. Cuando a uno no quieren pagarle los deudores, uno suele pagarse a su manera.

Paula no entendió mucho, pero le vinieron unas ganas terribles de llorar y echó a correr al cuarto de Marcela. A Iván le brillaban los ojos.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó Iván.

—Quiero decir que cuando los acreedores no pagan, uno se paga con lo que ellos tienen. Si no hay dinero, uno de ustedes paga sirviendo de acróbata.

—No nos interesa ser acróbatas —dijo Panchoco, despreciativo.

—Basta con que me interese a mí—. El tío de César daba miedo.

—¿Quiere decir que va a robarse a alguno?

Iván estaba rojo.

—Sólo en el caso de que no me paguen... ¡entonces me pago yo!

—Eso se llama SECUESTRO. En Estados Unidos van a la silla eléctrica los secuestradores. ¡Y por lo demás, darían al tiro con usted! No le conviene.

—Panchoco seguía creyéndose la muerte; dueño de la situación.

—Aquí estamos en Chile —rió el secuestrador.

—¡Claro! Y tenemos LEYES y patillas.

—La Ley obliga a pagar, en Chile y en todo el mundo. Venga mi plata.

Panchoco sintió que se le calentaba la sangre y, sin pensarlo, dijo:

—¡No le debemos nada! No nos ha hecho la clase así que...

El atleta soltó una risa fea.

—Peleemos a ver quién gana.

Y comenzó a sacarse la chaqueta y doblarla. Paula partió corriendo a llamar a los enfermos quienes en menos de un minuto rodearon al secuestrador.

El tío de César, con el pecho inflado y los lagartos duros, avanzó hacia Panchoco y cogiéndole sus manos empuñadas, las juntó a sus caderas y lo elevó en el aire como un pelele. Al ver esto, los cinco primos atacaron en conjunto al acróbata, y mientras unos mordían sus pantorrillas, otros trepaban por su espalda y le tiraban el poco pelo que le quedaba. Ante esto, el posible secuestrador soltó a Panchoco desde bastante altura, para dedicarse a los demás agresores. Pero, mientras se libraba de uno, había cuatro más que lo torturaban, cada uno a su manera. Con una sola mano sujetaba ya a tres de sus adversarios, mientras los otros dos le pateaban las canillas.

En esto reapareció Panchoco, enarbolando su trompeta cargada con porotos, y le sopló en la cara. Más de uno le dio en el ojo bueno, el tío de César, con su ojo cerrado, se dio por vencido y salió con su chaqueta a medio poner, camino de la calle. Y por si volvía atrás, Panchoco enarboló la manguera y la mantuvo firme contra la puerta de reja del jardín.

## XIII

—¡Mañana es mi día! ¡mañana es mi día! ¡Mañana es mi día! —Gritaba Andrés, al compás de un taconeo de zuecos de madera, recorriendo la casa y subiendo por encima de sillas, mesas y demases. Era inútil hacerlo callar, porque con su propio alboroto no sentía las amenazas de la mamá. Continuaba el paseo, los gritos, los saltos y el famoso y aturdidor cantito de "¡Mañana es mi día!".

La mamá, dispuesta a hacerse oír, lo siguió a su cuarto y entró en el preciso instante en que Andrés saltando sobre la cama, se venía ruidosamente al suelo con catre y todo. Se produjo un silencio. Fue un silencio grande y profundo como un hoyo de mina. Precisamente del porte del desastre. Porque, en realidad, Andrés era un ovillo en el suelo, mientras el catre nuevo, comprado como regalo de santo para él, mostraba sus quicios rotos y maderas desastilladas sin remedio.

La mamá quedó muda. Algo horrible iba a suceder. Las respiraciones contenidas iban aumentando porque al ruido y al silencio habían acudido los curiosos de siempre que miraban, como esperando justicia.

Los ojos de Andrés eran dos bolas de fuego. El peso de culpa en ese silencio sin castigo ni reto, se agrandaba. Los niños miraban las manos de la mamá, que en cualquier momento podrían actuar. No hacía una semana que se compró ese flamante catre de madera... —pensaban los mirones.

Andrés esperaba con ellos el castigo de esa mamá callada, que sólo lo miraba. Iba a llorar cuando por fin ella habló:

—No tendrás fiesta mañana —dijo solamente—. Creo que te das cuenta de lo que has hecho. Mañana será un día como otro cualquiera —y salió del cuarto.

—¡Andrés! —el chicoco se acercó compasivo, pero fue rechazado.

—¡Qué bruto eres! —dijo Marcela— Sabiendo lo caro que pagó el papá por este catre...

—Son una buena mugre —dijo Andrés, levantándose—. Y tú no tienes por qué meterte en esto. ¿Crees que pensé que se iba a quebrar? ¿Y crees que si la mamá hubiera sabido que no era capaz de aguantarme a mí lo

habría comprado? —La cara de Andrés expresaba su enojo con todos en general y consigo en especial.

—Deberías componerlo —dijo Iván, que creía en los arreglos caseros.

—¡Y claro que lo voy a componer, so creído! —a Andrés no le gustaba que un hermano le indicara sus deberes.

Cuando todos partieron, echó llave a la puerta y, armado de un martillo, comenzó su trabajo.

El maldito catre acabó por descuartizarse un poco más y achatarse en el suelo, mientras el pobre Andrés, sentado entre los palos, se soplaba los dedos que se había golpeado de un martillazo. No se atrevía a moverse para ir a curarlos. Pensaba que ése era su castigo, porque al fin de cuentas el quedarse sin fiesta no le importaba.

Cuando llegó Juana a hacer el aseo, Andeco abrió la puerta. Por su carita corrían todavía algunas lágrimas sucias y se chupaba cuatro dedos. Juana le tuvo lástima (la lástima de Juana no importaba) y le hizo una compresa que amarró con un trapo.

—El catre lo arregla fácilmente Clodomiro —y del bolsillo de su delantal sacó una pastilla, que reemplazó a los dedos en la boca de Andrés.

Cuando el caramelo logró pasar esa hinchazón de su garganta, Andeco se fue al jardín y chutó su pelota hasta que le corrió la transpiración por todo el cuerpo. Habría seguido chutendo hasta la noche, si no fuera que de pronto la pelota saltó la muralla y fue a perderse en el jardín de la casa de los mellizos.

Sin vacilar, Andeco trepó de un salto a la muralla y montado arriba se largó a chillar a todo pulmón. No pasó mucho rato sin que aparecieran los vecinos.

—¡Se me cayó mi pelota! —les dijo Andrés—. Tirenme, ¿quieren?

Antes de que terminara la frase, ya la estaban buscando y la encontraban.

—¿Cómo te trepaste ahí? —preguntaba Ramón.

—¡De un brinco! —se tiró pinta Andeco, que aprovechaba la ausencia de los otros.

Y dicho y hecho, empezaron a ensayar los vecinos; se rasmillaban las piernas en el muro, sin lograr alcanzar la altura, caían una y otra vez al suelo, aplastando flores, arbustos espinudos, despegando enredaderas. Todo inútil. Andeco mientras tanto se reía a sus anchas, muy montado en el muro.

Llegó en esto Panchoco, atraído por las risas de Andrés, y de un salto fue a montarse a su lado. Los mellizos seguían ensayando y las risas de Panchoco llenaban el jardín.

De pronto, Andeco, que ya se había olvidado de su pena, le dio un empellón a Panchoco y por poco lo echa abajo. Y Panchoco, que no aguantaba bromas, se volvió muy picado y le zampó a la cara ese recuerdo:

—¡Tan gallo que te crees y ya no tendrás fiesta mañana!

Andrés enmudeció.

Pero los mellizos habían alcanzado a oír y, dejando sus empeños, se largaron a preguntas.

—¿Qué fiesta? ¿Tú tendrás fiesta mañana? ¿Es tu día, Andeco?

—No tendrá fiesta, porque está castigado —explicó Panchoco.

—¡Qué pena! ¿Cómo era la fiesta que ibas a tener? —preguntaban los vecinos.

—Iba a ser una fiesta picha —dijo Panchoco, con helados y torta y con hartos regalos para el santo.

—¡Yo quiero tener fiesta! —declaró León.

—No, la fiesta será mía porque nací primero —dijo Ramón, empujando a León con fuerza. Y comenzó una pelea a puñetes.

—¡Chitas que se han vuelto peleadores! —dijo Panchoco—. Córtenla porque pueden dar dos fiestas, o una entre los dos.

La pelea terminó al momento y las caras de los mellizos eran todo preguntas.

—¿Qué hacemos para dar la fiesta?

Panchoco aprovechó.

—Hay que convidar a los amigos y tenerles torta, helados, dulces, cornetas, gorros de papel y montones de sandwiches.

—Eso no es problema —dijo León—, pero sí la cuestión de los amigos. No tenemos amigos.

—Nos convidas a nosotros —dijo Andeco—. Y también nosotros podemos convidar amigos propios que sirven igual.

La carita de Andeco se iluminó como una ampolleta de mil bujías.

—¡Qué chori! —Ramón también se entusiasmó—. Hagamos la fiesta mañana... ¿Quién convida?

—Nosotros —dijo Panchoco, calmadamente—. Ustedes le avisan a su mamá que tienen fiesta para que compren las cosas y listo.

—¿Cuántas cosas?

—Saquemos la cuenta —Panchoco empezó a contar—. Nosotros somos seis, el César, los primos... a ver... siete de la tía Lola, cinco de la tía Berta... ¡Vayan sumando! Tres del frente, otros cinco Ramírez ..

—A esos no tenemos por qué convidarlos. Son unos pesados —dijo Marcela—. ¿Cuántos van?

—Veinte, sin contar los Ramírez —dijo León—. Tampoco nos contaste a nosotros... —reclamó.

—Bueno, son los dueños de casa. Pero mejor no quedar cortos. Mira, lo mejor es que compren cincuenta gorros, cincuenta sorpresas y cincuenta cometas. Por lo menos. Porque siempre pasa que llega más gente a la fiesta. Tú sabes, vecinos que da no sé qué no invitar. .

—¿Calcularíamos todo para cincuenta? —preguntó Ramón.

—Creo que andarás más o menos bien. ¡Y no te olvides de los helados y tortas!

Los mellizos desaparecieron corriendo como liebres. Al minuto estaban de vuelta.

—La mamá dice que bueno —dijeron en coro—. Tendrá todo listo mañana. Pero ustedes no se olviden de los invitados. ¿Son amigos de nosotros?

—Todavía no. Pero mañana sí. Andeco tiene que convidarlos. ¡Es su fiesta! —declaró Panchoco.

—¿Mi fiesta? —Andeco no estaba convencido—. Es la fiesta de los mellizos...

—Tienes que decirles que es tu fiesta, porque si no no vienen.

—¡No pienso! —Andeco se puso rojo de indignación.

—Bueno. No les digas nada. Los convidas no más. La cuestión es que vengan para que resulte la fiesta —dijo Panchoco—. ¡A las tres estaremos aquí! —Con esta confirmación, Panchoco saltó de la muralla al jardín y fue a contarle a los otros el programa de mañana, sin sospechar siquiera el drama que les esperaba.

## XIV

Al otro día, terminado el almuerzo, empezó la tarea de restregones de piernas, que con igual energía pasaban por manchas de aceite, o machucos o costras dejando limpias, pero doloridas, esas extremidades. Soquetes albos, zapatos lustrados y poleras medio mojadas porque se habían lavado en la mañana... Cuando llegó el momento del hurgueteo de orejas, muchos de los que habían aguantado el aseo prolijo, se escaparon.

Cuando estuvieron listos, llevando por todo capital de regalo un libro bastante usado al que hubo que lavar un poco para sacarle lo pegajoso, se planchó un papel de regalo, se envolvió y coronó con una frondosa cinta. Se veía perfecto.

Llegaron a casa de los mellizos antes que nadie. Es decir, cuando estuvieron allí se acordaron de que no habían invitado ni a los Ramírez, ni al César ni a... Los primos de la tía Lola no podían venir porque tenían la rubéola y los niños de la casa de enfrente estaban con gripe, como quien dice que estaban con la abuelita. En total, sólo vendrían los Gómez, que eran cuatro, y sumados a los dueños de casa más sus vecinos, apenas enteraban una docena. ¡Y la pobre mamá de los mellizos había preparado una fiesta para cincuenta niños!

—No es mala suerte, porque comeremos más —dijo alguien, y en ese momento aparecieron los Gómez. Venían impecables y traían un regalo comprado de verdad.

Cuando los llevaron a ver el cuarto de juguetes, entraron en confianza.

José, el mayor, se hizo cargo del tren eléctrico, mientras Horacio ensayaba la bicicleta y demás aparatos mecánicos. Las niñas Gómez se dedicaron a armar sobre una mesa los soldados, con perfección increíble, ayudadas por Marcela y Paula. En realidad no había juguetes de mujeres, de modo que más valía adaptarse. Cuando estuvieron listos, contemplaron su trabajo con mucha admiración. Horacio discurrió dar vueltas en bicicleta en torno al ejército recién formado, tropezó, y echó abajo todo...

Panchoco soltó una enorme carcajada. Iván le dio un puntapié.

—¿Qué querís?

—¡Ahora! —le contestó misteriosamente Iván.

—Ahora ¿qué?

—Ahora estás siendo burlón. Tú me dijiste que te avisara...

Panchoco se alzó de hombros, despreciativo, pero luego animándose dio tres palmadas y gritó: "¡Qué comience la fiesta!", y empezó a disparar juguetes a todos lados hasta lograr que se animaran.

Cuando el cuarto se convirtió en un gran campo de batalla, Panchoco sopló al oído de Ramón que fuera a averiguar si estaba listo el té.

Las dos niñas Gómez, Paula y Marcela, habían salido al jardín para jugar entre ellas, ya que los disparos de juguetes de latón las había dejado bastante machucadas. Cada vez llegaban con más fuerza sus golpes y les daba más susto que alegría. Afuera jugaban con monopelines, raquetas y autos lindos... y en paz.

—¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! —sonó una especie de tambor de metal, que ahogaba la gran batalla de juguetes disparados.

—¿Qué es eso? —la chacota se detuvo ante los imponentes golpes.

—¡Es la señal de que está listo el té! —dijeron los mellizos, y en verdadero atropello salieron corriendo, invitados y dueños de la fiesta.

La mesa estaba puesta con muchas copas de cristal tan fino, que parecían globos de jabón, y entre ellos las fuentes de maravillosos dulces, tortas, sandwiches, y sorpresas y gorros de papel. Los globos invadían todo, colgando desde el techo en el más fantástico conjunto de colores y formas; los helados servidos con salsa de chocolate y salpicados de almendras, eran enormes...

Los invitados se largaron a comer como perros hambrientos. Nadie calculaba hasta dónde podría resistir su capacidad, y devoraban los dulces, repitiéndose helados, torta y sandwiches como si se tratara de almacenar cosas ricas para toda la vida. Nadie hablaba ni sonaban las cometas, porque no había hueco en la boca...

De pronto, uno de los más chicos cerró la boca y entornó los ojos. Casi al mismo tiempo lo imitó el chico que, poniéndose pálido declaró que le dolía la garganta. Los dos accidentados salieron corriendo al baño a vomitar y al poco rato regresaron felices como si nada hubiera pasado. Los otros continuaban comiendo, pero a ritmo más lento. Abrían las sorpresas, reventaban los globos, soplaban las cometas y, como por obligación, se repetían su ración de helados.

—¡Viva la fiesta! —gritó alguien, pero sonó destemplado porque en realidad ya no podían más y estaban tristes y aturridos de comer

Al salir al jardín se sintieron mejor. El aire los reanimaba; la presencia de una tortuga y dos quelitehues distrajo por un rato su atención. Y les pareció fantástico conseguir que estos pájaros reventaran los globos a picotazos. Era una competencia animada y con apuestas, pero los más grandes no dejaban tomar parte a los chicos.

Paula se compadeció de ellos y formó grupo con Marcela y las Gómez.

—Juguemos al corre el anillo —les propuso.

—Es una lata —dijo la Teté.

—No es lata si el anillo es de oro y echamos prendas y cumplimos los castigos.

Lo del anillo "de oro" le dio más interés al juego y hasta la propia Teté se interesó con él.

Paula corrió en busca de la mamá de los mellizos. No la conocía, pero estaba segura de encontrarla en la cocina. Sus ojos de gacela recorrieron las caras desconocidas para ubicarla. Había muchas mujeres alborotando entre copas, fuentes y platos. Resultaba difícil saber a quién dirigirse.

—¿Qué busca la niñita? —preguntó una, amablemente. Paula no se turbó.

—Busco un anillo —dijo—. Queremos jugar al corre el anillo y necesitamos uno...

Otra se interesó y sacó de sus dedos gordos un tremendo anillo muy labrado, con piedras y turquesas.

—Es demasiado grande —dijo Paula, sosteniéndolo apenas en sus dos manos.

—Lleva éste —ofreció otra y entregó una argolla con un brillante de muchas luces.

—¿Es fino? ¿Es joya de verdad? —Paula lo encerró bien apretado en su mano.

—Sí, nena, es un brillante de nueve quilates. No lo pierdas.

Paula lo llevó corriendo al grupo que esperaba.

—Pesa nueve kilos —explicó, mientras hacía sentarse en el suelo a los niños. Luego, pasando sus manos juntas entre las muy pegajosas en algunas de los compañeros, hacía además de dejar caer el anillo, pero luego seguía, hasta recorrerlos a todos.

Se detuvo ante José, y cruzando atrás las manos, preguntó:

—¡Adivina quién lo tiene! Si te equivocas tienes que echar prenda y sufrir el castigo.

Los ojos de José brillaron como carbones encendidos, mientras recorría las caras de los otros niños que sonriendo parecían decirle "yo lo tengo" Vacilaba. No quería dar prenda. No quería sufrir el castigo. Pensó que Andrés lo tenía, pero cuando iba a decirlo, Teté levantó sus manos juntas haciendo sonar algo.

—¡Tú lo tienes! —José cayó en la trampa y se sintió seguro

Pero Teté abrió sus manos y las dio vueltas en el aire mostrando que estaban vacías. José se puso rojo al ver que todos reían y se burlaban de él

—Dame una prenda —decía Paula, que se sentía la directora del juego Horacio empujaba a su hermano, Andrés le sacaba pica, María, la hermana chica, reía con sus manitos muy juntas, misteriosa. Marcela se mostraba muy seña y Pepe el más chico saltaba batiendo palmas con gran alboroto.

Paula trató de poner orden y exigió que José le entregara su cinturón en prenda. Cuando lo consiguió se volvió hacia el chicoco.

—Ahora ¡dame el anillo! —le ordenó—. Tengo que correrlo otra vez.

—¡Pero si yo no lo tengo! —Pepe abrió sus manos vacías.

—¡Tonto! —la trompa de Paula se alargó asustada—. A ti te lo puse en las manos. Lo has dejado caer... ¡A buscarlo! —ordenó, poniéndose roja. Al instante, estaban todos los niños en cuatro pies buscando. El pasto era rastreado y algunos pies pisaban las manos buscadoras. Había empujones, garabatos, reclamos, pero el anillo no aparecía por ningún lado. Los ojos de Paula se iban poniendo oscuros y tenebrosos. El anillo tenía que aparecer, porque era una joya de verdad.

—Hay que encontrarlo —dijo tratando de serenar su propio susto—. Aquí no puede perderse. Registren sus bolsillos... —y todos los bolsillos se volvieron al revés, pero el anillo no apareció.

Paula se lanzó sobre Pepe, roja de indignación, repitiendo la maldita frase: "A ti te lo di..." El chicoco, sintiéndose culpable, no pudo contener el llanto y fue a esconderse detrás de una puerta con su montón de pena.

—Hay que seguir buscando... —Paula acudió a Marcela y a Teté.

—Ayúdenme ¿no ven que es muy valioso y pesa noventa kilos?

Se levantaban alfombras, se volcaban floreros, se daban vuelta mesas, sacudían cortinas, se hurgueteaba hasta el último rincón, pero el anillo continuaba perdido.

—Busquémoslo más tarde —propuso uno—. No se puede perder y aparecerá en cualquier momento. Mientras tanto nos estamos lateando.

Esta idea fue acogida con entusiasmo porque era razonable. Paula

también cedió porque estaba cansada de ser la responsable. Y volvieron todos al jardín, donde estaban los grandes. Jugaron hasta que oscureció y entonces, alguien propuso ir a ver si quedaban conchos de la fiesta. Con prudencia golpearon a la puerta de la cocina y una de las señoras los invitó a entrar.

Mientras todos comían como si nunca lo hubieran hecho, la señora amable se acercó a Paula:

—Tú eres la chica que me pidió el anillo ¿verdad? ¿Quieres dármele ahora? —Su modo era cariñoso y confiado, Paula perdió el color y se puso muda. Le volvía de golpe su problema.

—Lo perdió —dijo un niño, simplemente.

—No es verdad —Paula quiso defenderse—. No está perdido. Sólo que no le hemos encontrado por el momento. ¿Cómo se va a perder en esta casa? —y se largó a hacer un atorado relato de los hechos.

—Vamos a registrar bien a los niños. Es un anillo que vale una fortuna y no puede perderse —la dueña de casa estaba roja y confundida.

—¿Una fortuna? —susurraron todos en coro.

—¿Eso quiere decir que vale un millón?

—Tal vez mil millones —dijo la dueña, y todas las caras se alargaron, compartiendo la responsabilidad. El pobre Pepe era el que recibía insultos y empujones.

—A él se lo puse en las manos cuando estábamos sentados en el pasto. —Pepe no quería que lo siguieran hurgueteando y cuando las señoras lo empearon a desvestirse escapó. Pero lo alcanzaron.

—Yo le voy a decir a mi papá —gemía el desgraciado, mientras daban vueltas sus pantalones—. ¿Para qué voy a querer un anillo yo?

Las señoras dejaron por fin tranquilo al chicoco y partieron animosas al jardín donde Paula, Marcela, Teté y demás les indicaban el lugar "exacto" donde debió perderse el dichoso anillo. Claro que nadie estaba de acuerdo y eran tantos los sitios "seguro que fue aquí", revolvieron todo el jardín. Entretanto el pánico de las señoras se iba agigantando y al pobre Pepe le llovían los pelambres. Ahora los amigos se sumaban al grupo de las señoras y repartían sus garabatos entre el chicoco y Paula, la responsable. Esto se traducía en una necesidad urgente de ir al baño.

Entretanto el jardín se había puesto oscuro, pero cada mano llevaba una linterna para ir alumbrando el pasto, plantas, flores, árboles y rincones.

De pronto, se oyó el timbre de la calle y una de las señoras buscadoras

fue a abrir, y volvió diciendo que venían a buscar a los niños. Las señoras se miraron sin apagar linternas y la dueña del anillo habló:

—No podemos dejarlos ir mientras no encontremos el brillante —dijo muy secamente, y se encaminó a la casa seguida de todos.

—¡Papáaa! —exclamaron en coro Paula y Pepe refugiándose entre las piernas del salvador—. Se ha perdido un anillo y no tenemos culpa. ¿Puede comprarle otro a la señora?

El papá escuchó las dos partes del asunto y luego aclaró a Paula.

—¿Estás segura de haberlo puesto en las manos de Pepe?

—¡Segura!

—Oye Pepe, si te lo hubiera dado Paula ¿dónde lo habrías escondido?

Pepe pensó un momento y luego dijo:

—Si quisiera esconderlo lo habría puesto en esa lámpara con brillantes iguales...

—Te habríamos visto hacerlo —dijo Paula—. Además estábamos en el jardín...

El papá hizo un nuevo intento:

—Si no se lo hubieras dado a Pepe, ¿a quién se lo habrías dado?

Piénsalo bien —le habló con tono grave a Paula.

—¡Qué sé yo! A nadie más, porque a él se lo entregué.

—Es que él no lo tenía. Debes haberlo dejado caer en otras manos...

—Usted me quiere convencer que estoy cucú. ¡A Pepe se lo di!

—¿Y qué hizo entonces con él?

—¡Ojalá supiera! Se lo habrá comido, el muy imbécil...

Al decir esto, la propia Paula se asombró de su idea, se acercó al chicoco y le habló al oído.

—Oye, cuando estábamos jugando al anillo tú estabas comiendo algo y te atoraste. ¿Qué era?

—Eran caramelos, o tal vez dulces, no me acuerdo. Pero no me atoré.

—Sí, te atoraste. Yo te vi toser.

—Toser, pero no atorarme —sostuvo Pepe.

—Tú llamas atorarte cuando vomitas. ¡Ojalá! En todo caso tosiste ¿no?

—Ya ni me acuerdo... —estaba confundido y aburrido.

Paula corrió donde las señoras que se agrupaban en torno a su papá.

—Ahora sé dónde está. Lo tiene el Pepe ahí adentro y mostró su estómago—. Se lo tragó junto con los caramelos que estaba comiendo

—No es verdad. No me atoré. Puramente tosi —gimió el chicoco.

El papá pensó un momento y decidió con criterio práctico:

—Iremos a la clínica y los veremos en rayos.

A Iván y Panchoco les fascinó la idea y desde ese momento sintieron síntomas de tener el anillo dentro. Las niñas, en cambio, estaban asustadas.

En todo caso, subieron todos al auto, con la mamá de los mellizos y los invitados, sin faltar ninguno.

Al llegar a la clínica, la gente los miraba sorprendidos: ¡eran tantos! Doce niños casi del mismo porte es cosa seria. El papá conversó un momento en la recepción y otro momento con el médico de rayos X. Luego entró a la cámara de rayos, llevando de la mano al asustado Pepe.

Le sacaron la polera y lo hicieron subir en una pequeña tarima. Se apagaron las luces y algo misterioso, como un zumbido, sonó.

—Vea, señor —dijo el médico al papá—. Ahí lo tenemos. ¡Se ve clarito flotando en el intestino del pequeño goloso!

El zumbido cesó, se encendió la luz y otra vez le embutieron a Pepe su polera.

—Paula tenía razón —dijo el papá—. Te lo habías tragado entre los caramelos. ¡No está perdido, a Dios gracias!

Al Pepe le vino una risa rara, una risa sin fin, y una extraña sensación de ser muy valioso. Salió fuera radiante, como si hubiera ganado un campeonato, pero le duró poco.

Los que esperaban ser pasados por rayos, y no lo fueron, estaban furiosos.

—¡El muy idiota se cree la muerte! —le decían a Pepe.

—Eres un ladrón —decía otro.

—¡No sabes distinguir un caramelo de un brillante!

—Te crees millonario porque lo tienes dentro, pero te lo van a sacar...

—No te lo sacarán a la fuerza —lo tranquilizó la mamá de los mellizos—. Saldrá por conducto natural —rió.

Al llegar a su casa, el papá habló con Juana en voz baja y terminó diciendo:

—Si me vigila día y noche al chicoco, tendrá una buena propina. No se arrepentirá de no perderlo de vista, le aseguro. Cuando tenga yo ese anillo en mis manos, usted tendrá un buen regalo.

—¡Pero si no estoy enfermo! Y tampoco me duele la garganta. .  
—protestaba el chicoco. Pero la Juana estaba firme. No lo dejaba levantarse ni al baño y el pobre Pepe se aburría atrocemente.

—Mañana estarás sanito —le decía, haciéndolo tragar píldoras y luego obligándolo a comer unas papillas cargadas de aceite.

—¿Qué es lo que tengo si no me duele nada? —protestaba el enfermo—  
¿Y por qué viene a verme a cada rato la mamá de los mellizos? No la quiero ..

—Cómase calladito este puré de acelgas con aceite y se sentirá mejor  
—aseguraba Juana, dándole con la cuchara.

—Tengo gusto a auto en las tripas con tanto aceite —protestaba Pepe.

—¡Ahora le traigo un puré de huesillos ricos! —exclamó Juana, y al momento apareció con un platón que, en otras circunstancias, habría recibido con alegría.

—Yo quiero levantarme —decía el desgraciado, pero Juana y los demás lo convencían que le dolía la garganta. La mamá se había puesto firme en que no se le diera purgante, sino puramente papillas con aceite. Y que ni se levantara...

En un momento en que Juana había ido a buscar un puré de peras, el chicoco aprovechó para ir al baño, pero se encontró con que la puerta estaba cerrada con llave. Y tuvo que volverse a la cama...

Entretanto, apareció Panchoco muy excitado a contarle a los otros que se había inaugurado una nueva línea de trolebuses ahí cerquita. Era preciso ir a verlos porque eran lindos y flamantes de pinturas psicodélicas. No se hicieron repetir el dato los cinco que no estaban enfermos y partieron corriendo, sin siquiera acordarse de pedir permiso, aunque fuera a Juana. El acontecimiento parecía tener derecho propio por estar tan cerca. Algo de la familia, pensaban.

Mientras ellos trepaban al flamante trole y pagaban su pasaje, el pobre Pepe, lloroso, se sometía a la orden de Juana que lo obligaba a la humillante hazaña de sentarse en la cantora...



Partió el trole, en el preciso momento en que Resorte, que había seguido, se subía de un brinco sin pagar pasaje. El chofer ni siquiera lo advirtió y los niños lo ocultaron entre sus brazos y piernas, manteniéndolo callado. Suavemente partió el flamante aparato con su olor a nuevo y sus

asientos brillantes, dando esa sensación maravillosa de lo que no ha sido usado, y esa libertad de que nadie sabía dónde estaban ni hacia dónde iban. .

La intención era bajarse en el primer paradero, para no alejarse mucho. Pero era tan rico volar por las calles a gran velocidad. Daba una risa-cosquilla y el viento no dejaba hablar, tal como si fueran en una cápsula espacial.

—Un paradero más... —suplicaban los chicos a los grandes y seguían.

En realidad, no podían decidirse a bajar: primero porque estaban demasiado cerca y, después, porque ya estaban demasiado lejos...

—Más vale llegar al terminal y como de todos modos vuelve, no hay problema. Es cuestión de minutos —alegaban los grandes

Y así atravesaron la ciudad; primero todo lo conocido, luego lo que nunca habían visto y valía la pena ver. No había problema. Una sola solución, ya que no tenía dinero para tomar otra cosa.

—Ahí es el dentista —gritaba uno.

—Allá quedaba la oficina de papá —reconocía otro. El trole se había ido llenando y hasta vaciándose en algunas esquinas. Y se volvía a llenar. Nadie pensó en que el chofer podría cobrarles el pasaje de vuelta.

Iban felices mirando los "juegos infantiles", las jugueterías, librerías, tiendas que alguna vez conocieron plazas, parques, la bomba y muchos rascacielos y jardines.

Poco a poco los edificios se fueron poniendo bajos y viejos y cada vez menos interesantes. Por fin, ante la estación de ferrocarril, terminaron de bajar los pasajeros y se quedaron solos los cinco en el bus. Se había detenido y el chofer bajó y se perdió en un grupo de muchos otros conductores y unos cuantos troles más. Los niños no se movieron, aguardando la partida. Se entretenían jugando y registrando los aparatos flamantes para olvidar lo largo de la espera.

Partió otro trole y después otro y entonces reapareció el chofer que los había traído. Tras él, subieron cinco pasajeros.

Aún aguardó un rato y luego a una señal de pito de la garita de control, se volvió hacia los ocupantes y con cara dura fue cobrando los pasajes.

Una a una las manos grandes y gordas alargaban su dinero y por fin se detuvo ante el grupo de los niños. Los miró un rato y dijo:

—¿Qui'ubo?

—¿Qué hubo qué? —preguntó Iván.

—¿Se paga o no se paga?

—Ya pagamos —contestaron varias voces de flauta.

—Pagaron el pasaje hacia acá. Si no pagan el de vuelta aquí se quedan.

Los ojos de Iván se abrieron inmensos. Panchoco empezó a registrar en sus bolsillos y mientras tanto Marcela y Paula decidieron más bien ponerse a llorar. Andeco empuñaba las manos como si con su fuerza fuera a resolver el problema.

—No pensamos que había que pagar de nuevo —explicaba Iván dando vuelta sus bolsillos al revés.

Entre emocionantes lágrimas Paula propuso al chofer que lo dejara a cuenta de la mamá.

—Aquí no hay ninguna cuenta de mamá. El que viaja paga y el que no paga se baja.

—Por favor sea bueno... —intervino Marcela—. Si nos quedamos aquí tan lejos no llegaremos nunca a pie... Llegando al terminal le pagamos porque mi casa está al lado —sollozaba.

—¡Déjense de patillas y bajando! —ordenó rabioso el conductor.

Resorte empezó a ladrar.

El llanto de las niñas se dejó oír más fuerte y una vieja se conmovió con él.

—Tenga corazón, señor conductor. No ve que ha sido una travesura y los pobres chicos se han pisado la cola. Acuérdesse de cuando usted era niño...

—Y usted que tiene tan buen corazón, ¿por qué no paga por ellos? —fue la horrible respuesta. Paula aprovechó para llorar más alto y su cara pecosa se volvió un borrón de lágrimas y tierra. La vieja la enjugó con su pañuelo que tenía olor a cementerio.

—¿Paga o no paga? —el chofer había puesto cara de ogro—. Asunto concluido, los chiquillos se bajan o el trole no parte.

Desde el fondo intervino una voz de hombre:

—Que se bajen de una vez. Los pasajeros no podemos perder tiempo.

—Esa es una injusticia —intervino otra voz—. Hay que ser humano. A todos puede pasarnos un chasco como éste. ¡Pobres chicos! ¡Entre los cinco no pesan lo que uno de nosotros! Si pagaron su pasaje de venida, les vale también de vuelta...—Tiene razón —dijo otra voz que tenía un diario ante su cara.

—¡En este trole mando yo! —dijo el chofer.

—¡Haré un reclamo! —dijo una mujer gorda de ropa apretada.

—Hay que ser humano —gritó la primera vieja.

—Sí, hay que ser humano —repitió la voz detrás del diario.

Como respuesta a este movimiento subversivo, el conductor cogió a Andeco y lo elevó camino de la puerta de entrada. Tres hombres se levantaron como autómatas y volvieron a sentar a Andeco en su asiento. Los niños, viéndose defendidos, se consideraron con todos sus derechos y se aferraron a los asientos. Paula lloraba a grito pelado y Marcela la seguía un tono más bajo.

Un puño le cayó en la mejilla al conductor. Había sangre en la nariz de la vieja, los puñetes sonaban como guatapiques y los resoplidos de los hombres violentos tenían aterrados a los niños. En realidad estaban convencidos que sus corazones no latían más.

Resorte ladraba amenazante corriendo entre los pasajeros.

De pronto, surgió en el grupo un carabinero. En un instante habían vuelto a sus asientos todos los agresores, incluyendo al chofer, igual que cuando entra de sorpresa en la clase un profesor.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el carabinero, pero nadie respondió.

—Voy a partir —anunció muy serena la voz del conductor, y esperó con prudencia que el carabinero bajara otra vez a la calle.

Y partió el trole, llevando consigo a los chiquillos más asustados que ratones. A cada rato creían que iba a recomenzar la de puñetes que parecían vibrar todavía en el aire.

Con toda rapidez se iba llenando una vez más el trole y la cantidad de gente le devolvía la seguridad a los asustados.

Nuevamente pasaron frente al dentista, a la oficina del papá, al jardín de juegos y tiendas ya vistas, reconocían otra vez la bomba y se alegraban de ir acortando camino, muy seguros. Cuando de pronto, en un paradero, ven subir nada menos que al papá. Ni un ogro les hubiera hecho tanta impresión. Sin consultarse, se redujeron los cinco en un montoncito que, con un poco más de esfuerzo, habrían llegado a desaparecer. En realidad, eran tantos los pasajeros de pie que el papá ni siquiera pudo avanzar por el pasillo.

Iván acercó su boca al oído de Panchoco y le sopló: —Tendremos que bajarnos antes de llegar, para que no nos vea.

—Si nos bajamos antes, más nos ve —fue el raciocinio de Panchoco.

—Recemos para que él baje primero —propuso Marcela. Y se largaron a rezar en secreto.

Apenas iban llegando a la mitad del Padrenuestro, cuando, sin más ni más el trole se detuvo. El chofer movió varias palancas y por fin, volviéndose al público, anunció:

—No hay corriente. El que tiene prisa es mejor que se baje porque estaremos aquí por lo menos media hora.

Y en medio de reclamos y garabatos de protesta se fue vaciando el bus, llevándose en la multitud al papacito, mientras los cinco niños quedaban solos sentados en un rincón, muy achicados y casi invisibles.

Cuando la gente desapareció y fue trepando a otros buses o micros, el trole dio un zumbido y al minuto partió con toda majestad, tomando más y más velocidad hasta llegar con sus cinco pasajeros y su perro al terminal de línea y punto de partida.

## XVI

Esa mañana, el chicoco se levantó temprano como todos los días y tuvo que ponerse su uniforme, a pesar de sus rezongos y reclamos.

—Es que todavía me duele la guata —protestaba— y cuando uno está enfermo no va al colegio.

—Es que ahora está sano —alegaba la Juana, sonriendo en sus adentros, porque ella ya tenía la "recompensa" del anillo perdido. Pepe tuvo que irse sin ganas y con bastante miedo que le volvieron los retortijones de estómago del día anterior.

Afortunadamente, a la hora de almuerzo, lo esperaba un gran paquete de regalo que le habían enviado los mellizos. Con manitos nerviosas lo desató el sorprendido Pepe y encontró una enorme pelota, con un papel "A ver si te la tragas" —decía.

—Pero ¿por qué me la habrán regalado? —preguntaba—. Hoy no es ni siquiera mi día... —y los demás reían misteriosamente.

Andeco rondaba al chicoco, tratando inútilmente de conseguir que se la prestara, pero Pepe, avaramente se negaba.

—Es que tú me la vas a reventar de una patada —alegaba.

—Las pelotas son para jugar y no para sujetarlas como tú.

—Es mía y la quiero tener...

Andeco, entonces, se marchó furioso y salió de la casa, de la reja del jardín, de la calle en que vivían y también del barrio. Caminaba sin ningún proyecto o intención, sólo que parecía moverlo un motor y sus piernas obedecían, llevándolo por las calles a cualquier lado. Caminaba y caminaba sin cansarse, silbando y mirando.

Después de un buen rato, el motorcito empezó a perder presión y cuando se le ocurrió volver a casa se dio cuenta de que estaba perdido. Pero Andeco era un tipo muy seguro de sí mismo y no dudó un momento de que encontraría el camino. Se dio media vuelta y comenzó a desandar lo andado. Era cosa sencilla, en apariencia, sólo que cada vez iba desconociendo más el barrio. Quería preguntar dónde quedaba la calle de su casa y un estúpido temor o vergüenza se lo impedía. Pensándolo bien no había razón para mandarse cambiar por el solo hecho de que Pepe no le prestara su

pelota nueva. ¿Qué diría el papá? ¿Qué pensaría la mamá? Se decidió a preguntar por dónde quedaba la calle Norte.

—No conozco esa calle —dijo el hombre al que le averiguó.

Otro, con más ganas de ayudarlo, respondió:

—El nombre de esa calle me suena conocido. Creo que queda por la Pila del Ganso.

Andeco le dio las gracias y decidió averiguar dónde quedaba la famosa pila. Las respuestas confundían, porque había que tomar micro, quizá uno que decía Pila-Cementerio, y para tomar ese micro tenía que irse en trole a la estación.

Así se había ido alejando, y torciendo por una calle y otra, sus piernecitas se acalabraron, pero no cesaban de andar. No tenía susto, pero hambre sí, y una cuestión como de pena por su mamá.

Se imaginaba que hacía mucho tiempo que se había perdido, que fatalmente iría a dar a un campamento de gitanos y haría de trapecista. Este pensamiento lo consolaba un poco, porque era una de las aspiraciones de su vida. Pero de pronto se dio cuenta que no podía dar un paso más y se sentó en la vereda a descansar.

En eso estaba cuando vio venir hacia él al repartidor de carne, Froilán, en bicicleta. Como una liebre, saltó al medio de la calle y se puso en su camino. El ciclista echó piernas al suelo y se detuvo.

—¡Hola Andeco! ¿Qué haces ahí sentado?

—Ando medio perdido. ¿Me llevarías a mi casa? No doy más de cansado.

—Sube —dijo el muchacho—, a medida que reparto me acerco a tu casa y te dejo...

Andeco subió al canasto con los paquetes de carne bastante ensangrentados y se acomodó como pudo entre los menos helados o más blandos. Claro, al meterse, rompió más de uno y apareció una cabeza de cordero que en otra oportunidad le habría dado horror. Con el vaivén de la bicicleta se fue quedando dormido y, cuando llegó a su casa, el Froilán tuvo que bajarlo porque no despertó y lo dejó en su cama.

Había gran revuelo y se llamaba a todas partes para saber de Andrés. Los hermanos andaban por el barrio averiguando si alguien lo había visto.

Paula, la primera en volver de la manzana que le habían encomendado recorrer, tuvo la idea de registrar nuevamente la casa. No era la primera vez

que Andeco desaparecía y era encontrado en algún rincón de ella. Así, entró a los dormitorios y lo primero que vio fue el bultito de su hermano, dormido en su propia cama. Se acercó aterrada:

—¡Andeco está completamente asesinado! —salió gritando al ver las manchas de sangre que había en su cara y ropas.

—Juana, Marcela, avísenle a la mamá... —chillaba fuera de sí.

En un minuto estaban todos alrededor de la cama. Juana los tranquilizó:

—Vino a dejarlo el repartidor de carne y lo traía dormido entre los paquetes. No es sangre suya —y echó a todos para dejar que Andrés durmiera su cansancio.

Cada uno volvió a lo suyo y Panchoco e Iván a su conversación interrumpida. Estaban organizando una banda con reglamento muy estricto, escrito a máquina. Se llamaba la "Banda de Los Águilas" y sólo podrían pertenecer a ella los que cumplieran con sus bases.

El reglamento de la "Banda Los Águilas", era el siguiente:

1º. Pagar una cuota para ser admitido.

2º. Pagar otra cuota semanal.

3º. Pagar una cuota los domingos.

4º. Pagar una cuota extra cada vez que la pida el jefe.

5º. Hacer un acto heroico una vez por semana.

6º. Obedecer a los jefes ciegamente.

7º. Someterse al castigo cuando lo acuerde el Directorio.

8º. Los de la banda deben guardar secreto del reglamento y todo lo demás.

(firmado) PANCHOCO, Jefe 1º

IVÁN, Jefe 2º

Una vez firmado el documento invitaron a formar parte de la "Banda Los Águilas" a los cuatro de la casa y salieron por el barrio en busca de adhesiones. Los Gómez se inscribieron y la mamá pagó por cuatro Gómez. Los mellizos pagaron doble cuota porque querían tener "derecho de director", así, el que los jefes y hermanos la quedaran debiendo, se hizo menos grave.

Se reunió la banda en el antiguo laboratorio, o sea, en el cuartucho de herramientas de jardín y fueron nombradas enfermeras las mujeres, con la obligación de atender los primeros auxilios en cualquier accidente. Andrés y Ramón consiguieron el título de detectives; defensores, fueron nombrados

José y Horacio, y recaderos. Pepe y León. Los dos primeros jefes eran a la vez tesoreros y mandatarios. Cada cual tenía sus propias responsabilidades.

Apenas terminada la reunión, las enfermeras partieron a la farmacia a comprar vendas, metapio, algodón y aspirina. Los ahorros de las cuatro quedaron en la farmacia.

Entretanto, los dos jefes se reunieron en sesión privada.

—Tenemos que pensar lo que vamos a hacer —dijo Iván.

—La cuestión es HACER algo —dijo Panchoco muy serio.

—Tú, como jefe primero, tienes que discurrir, si no, esto va a resultar una tremenda lata.

—Sí, pero tú, como segundo jefe, también tienes que dar una idea...

Y empezaron a pasearse en el estrecho local de reunión.

Pasado un rato, se iluminó la cara de Panchoco.

—Formemos una Liga Secreta de Detectives. En este barrio hay muchos robos y podríamos seguirle la pista a los ladrones...

A Iván le cayó bien la idea y salieron los dos a recorrer las casas ofreciendo sus servicios.

Tocaron el timbre al frente y preguntaron si había habido algún robo. La empleada les contestó que no y que por lo demás ese no era asunto de ellos. En la casa vecina, muy pequeña, salió la propia dueña, una señora extranjera, gorda, vieja y chascona.

—Sí. Aquí continuamente roban... Pero ustedes muy chicos para pillar ladrones.

—No, señora —le aseguró Iván—, justamente porque somos chicos los ladrones no sospechan que somos detectives.

—¿Ustedes ser detectives?

—Sí, señora. Dénos los datos de los robos y verá cómo le traemos las cosas y el ladrón. ¿Qué le han robado?

—Robarme mi loro, mi manguera de riego, mis tijeras, una olla, dos toallas...

—¿Todo junto?

—No comprendo...

—¿Le robaron todo el mismo día? —aclaró Iván.

—No, no, no. El loro un día, la manguera otro día, las toallas otro día...

—Y la olla otro día —dijo Panchoco—. De todos modos es el mismo ladrón que vuelve. ¿Hace tiempo de esto?

Iván anotaba en su libreta las respuestas de la señora y Panchoco continuaba preguntando.

—Ayer robaron el felpudo...

—Y el loro ¿cuándo se lo robaron?

—Ayer también. Lo demás antes.

—¿Dio aviso a la policía?

—Aquí nadie preocuparse por extranjera... —se lamentó.

—Nosotros le traeremos al ladrón. ¿A qué hora le roban?

—Cuando voy de las compras.

—Eso debe ser en la mañana. Deje usted algo a la vista, cuando salga mañana. Nosotros estaremos acechando.

—¿Qué cosa?

—Otra toalla, o algún vestido...

—No tener más toallas. Un paño cocina, quizá, usted responder por él.

—Naturalmente, aunque el paño de cocina es poco interesante para un ladrón. Mejor deje algo más valioso.

—Si ustedes responder yo dejo mi chal, muy atractivo y valioso.

Los niños se despidieron y se fueron programando el modo de acechar al ladrón y de pillarlo. Llevarían cordeles y lo lacearían, mientras los detectives menores llamaban a la policía y las enfermeras se preparaban para curar heridas. Eligieron su escondite y estudiaron la forma de sorprender al pillo.

Antes de torcer la esquina, dieron una mirada atrás, hacia la casa, y vieron salir en ese preciso instante a la extranjera. A lo mejor el ladrón aprovechaba su salida y...

Cuando la señora estuvo más o menos lejos, volvieron atrás desandando lo andado. La calle estaba tranquila como siempre. Un ciclista, una niñera con sus chicos, un vendedor de fruta con canastos. Los miraron pasar y continuaron hacia la casa solitaria. Ya tenían muy decidido cómo iban a sorprender al ladrón, aun sin cordeles.

Estaban a pocos metros, cuando vieron venir hacia la casa del robo a un hombrecito muy pequeño y resuelto. Se detuvieron para observarlo y lo vieron acercarse a la puerta, alzar el brazo y por encima de la pequeña reja, descorrer el cerrojo y entrar.

Los Águilas quedaron paralizados. La audacia del tipo de lanzarse a robar apenas salida la dueña de casa, los desconcertaba. No estaban

prevenidos para un ladrón así, y por otra parte, faltaban otros integrantes de la banda que eran muy necesarios.

—Llamaré por el teléfono del almacén a los otros —dijo Panchoco—. Los necesitamos.

Iván quedó a cargo de vigilar al pillo mientras tanto.

—¿No ha salido? —preguntó Panchoco, después de su llamado de alarma a toda la Banda Los Águilas

—No, pero según mis cálculos debe salir luego...

Iba a continuar haciendo conjeturas cuando se interrumpió en seco. En ese instante aparecía el hombrecito por la puerta llevando consigo un enorme paquete.

—No podemos capturarlo sin tener ni cordeles...

—Hay que seguirlo —y partieron tras él. Iban nerviosos, tratando de descubrir una manera de atajar al ladrón.

—En ese paquete se lleva por lo menos la mitad de las cosas de la vieja Ella no tiene mucho.

—Si a lo menos aparecieran los otros con el cordel...

Y como si fuera un mago, el deseo de Iván se cumplió al instante y vieron venir corriendo desafortadamente a todos, con tanto ruido, que hasta el pillo, que iba muy delante, volvió la cabeza.

Panchoco arrebató el cordel de manos de Andeco y con la práctica del que ha visto muchas películas de vaquero, formó un lazo y ensayó si funcionaba bien. Pero faltaba estar seguro de su puntería...

Confió en su buena suerte y fueron alargando el paso y acortando la distancia que los separaba del ladrón. Cuando la consideró buena, hizo girar el lazo dos veces sobre su cabeza y lo lanzó en el aire con la precisión de un campeón. El pequeño hombre, cargado del gran paquete, cayó de bruces sobre el pavimento. Y junto con verle caer, los seis Águilas se lanzaron sobre su presa

Un caballero que pasaba se detuvo a mirar la extraña escena creyendo que eran algunos nietos regalones que sorprendían cariñosamente a su abuelo. El hombre en el suelo lanzaba exclamaciones y hacía movimientos bruscos, lo que convenció pronto al curioso que aquello se trataba de una lucha desesperada. Y se acercó.

—Es un ladrón —acezaba Panchoco entre puñetes—. Lo hemos pillado chanchito. La dueña de casa nos había encargado vigilar porque es la cuarta vez que le roban cuando ella sale.

—Yo iré a llamar al radiopatrullas —anunció Iván, viendo que el hombrecito ya no se defendía ante la presencia del caballero curioso Y corrió al almacén. Tras él vinieron algunos compradores, el repartidor y mucha gente del barrio. Por fin llegaron los propios carabineros. Cuatro niños estaban sentados sobre su víctima impidiéndola moverse.

El hombre continuaba defendiéndose y alegando en un extraño idioma. Nadie lo entendía. Pero los niños explicaban el encargo de la dueña de casa y sus quejas de diferentes robos; y, luego, la coincidencia, que apenas ella salió vieron entrar al hombre que reapareció a los pocos minutos con el inmenso paquete. Ellos tuvieron que alcanzarlo y llamar al radiopatrullas...

Aunque los carabineros se mostraban algo incrédulos, procedieron a ponerle esposas al reo que todos acusaban y luego se lo llevaron con paquete y todo.

La "Banda Los Águilas" se sentía triunfante. Por lo menos habían crecido cada uno tres centímetros. Panchoco e Iván eran vendados en los rasguñones que recibieron del agresivo ladrón, y las enfermeras se peleaban las insignificantes heridas como si fuera cada uno un helado.

Nunca habían estado tan orgullosos de sí mismos. Soñaban con la fantástica recompensa que les daría la dueña de casa al recibir la devolución de sus cosas. Pero no era eso lo más importante. Lo extraordinario era haber pillado un ladrón el primer día que se formara la "Banda Los Águilas". Seguramente, saldrían en el diario, y hasta el César vendría a felicitarlos y a pedirles que lo inscribieran. Resorte saltaba ladrando alrededor de ellos compartiendo el triunfo.

Esa noche se desvelaron comentando el asunto. Se durmieron por fin muy felices, ya que habían cumplido su misión y, además, podían despreocuparse toda la semana de hacer una buena acción. Todos la habían hecho ya.

Eso sí que la vida no es tan simple como a veces parece y cuando uno se siente más seguro, vienen sorpresas...

## XVII

Marcela decidió esa mañana hacer un taller de costura. Por ahí encontró unas tijeras y en un paquete algunos generitos muy doblados.

—Yo tengo aguja e hilo —dijo Paula—. Me los encontré en la basura y los guardé.

—Tráelos ¿Cuál género te gusta? Yo te hago el vestido y se lo tenemos de sorpresa a la mamá cuando llegue.

Mientras Paula iba en busca de la aguja, sin poder acordarse dónde la había guardado, Marcela estiró el género elegido en el suelo, y le aplicó tijera.

Naturalmente, como costurera sin experiencias, se largó a cortar en el medio, sin preocuparse del género que perdía, ni tampoco de las medidas, costuras y otras cosas. Sacó el vestido de una pieza y calculado a su ojo, al tamaño de Paula. Quedó sobrando género en el suelo, aunque bastante tijereteado.

Llegó Paula por fin con su hilo y aguja que había encontrado entre los calcetines.

—Ahora tú lo hilvanas y yo te lo pruebo —dijo Marcela. Y Paula, siguiendo las instrucciones, hilvanó (rezongando) por todos lados.

—Creí que tú eras la modista —decía, dando largas puntadas.

—Claro, pero el vestido es para ti, siempre en los talleres hay operarias. Tú eres la operaria, y además la cliente. Y no te cuesta un peso...

—Si hubiera sabido que era yo la que tenía que hacer todo el trabajo —alegaba Paula desenredando el largo hilo que le puso a la aguja —no habría jugado a las modistas.

—Eres una malagradecida. El vestido es para tí!

Por fin llegó el momento de probarlo. No entraba por ningún lado, de modo que hubo que abrirlo de alto abajo. Y se ensayó de nuevo. Esta vez se lo pudo poner, pero le quedaba tan estrecho y tan corto, que ni siquiera podía respirar. Además, en la prueba, se cortaron los hilos del hilván y no había manera de acomodarlo al cuerpo de la modelo.

—Eso pasa siempre —dijo Marcela, dispuesta a no fallar en su tarea—. Lo convertimos en falda y después le hacemos lo de arriba.

La falda fue cortada, pero no alcanzaba a juntarle. Quedaba atrás un tremendo vacío.

—La haremos delantal —dijo la invencible maestra y procedió a cortar una larga cintura.



—No me obligarás a mí a coserlo —Paula se defendía—. Yo quería un vestido, pero un delantal rojo no me interesa...

—Eres una fresca. Yo me doy el trabajo para hacerte algo y ni quieres ayudar...

—Yo quería un vestido y te estaba ayudando, pero esa porquería no la quiero...

—Siempre eres igual, quieres salir ganando sin molestarte.

—Tú inventaste la tontera del taller —Paula alargaba su trompa con harta enojo—. La cuestión es mandarme y mandarme todo el tiempo...

—¿Cuándo te mando yo? A lo más te pido un favor...

—Pedir favores es igual que mandar...

—No, cuando es para ti lo que pido. Eres malagradecida.

—Bueno —Paula cogió de mal modo el género y comenzó a hilvanar el delantal—. Pero te advierto que te obedeceré hasta que cumpla seis, y ni un día más.

Estaban en lo mejor de su discusión, cuando apareció Andeco con Pepe, los dos con caras raras.

—Hay dos carabineros allá en la puerta —los ojos de Andrés brillaban— y parece que buscan a Iván y Panchoco.

—¡Y no están! Fueron a chutear donde los Gómez...

—¿Y qué les dijo Juana?

—Bueno, que no estaban...

—¿Será algo del ladrón que pillaron? —preguntó Marcela.

—Sí. Algo dijeron...

—Bueno, pero como no están, ustedes no se metan —ordenó Paula.

—Pero vinimos a avisarles. Van a esperar a que vuelvan.

—Dile a Juana que les dé una taza de té o de café —Paula recordó la magia de una taza.

Pepe voló a hablar con Juana, mientras los otros tres quedaron pensando cuál sería el problema.

—¿Qué puede haber pasado?

—Seguramente tendrán que ir a hacer la denuncia —dijo Marcela, que ya algo sabía de estas cosas—. No hay que asustarse.

Volvió Pepe diciendo que los carabineros querían hablar con el papá.

—¿Con el papá? Entonces será otra cosa...

Jadeante, reapareció Andeco sin que nadie notara que hubiera desaparecido.

—Oye —le dijo a Marcela—, están tomando té con Juana y oí que le decían que la cuestión del ladrón era pura chiva.

—¿Cómo?

—Eso, que el tal viejo llevaba unas cortinas a la tintorería encargado por la alemana. Era amigo suyo...

—¡¡Nooo!! —exclamaron en coro los pecosos.

—¿Qué podemos hacer? —se preguntaron todos.

—Hay que conseguir que se vayan...

—¿Cómo hacer que alguien los necesite y los llame? —preguntaba Paula.

—No nos metamos en más enredos... Confíemos en la Juana —dijo Marcela.

—¡Puf! ¡La Juana no va a sacarnos de ésta!

Reapareció resoplando el chicoco a quien tampoco se había visto desaparecer.

—Fui donde los Gómez a avisarles que no volvieran...

Los tres miraron con admiración a Pepe al que hasta entonces sólo consideraban un infeliz chicoco.

—¿Les dijiste que los carabineros los buscaban?

—Les dije que venían a tomarlos presos, pero que la Juana les estaba dando café... Que no se vinieran hasta que los llamas tú —dijo a Marcela.

—Oye, eres más choro de lo que pareces —dijo Andeco.

—La cuestión es que la Juana no siga dándoles café para que se vayan.

—Y que no se le ocurra al papá o a la mamá llegar mientras están aquí...

En ese momento oyeron voces de hombre y Paula asomó la nariz por la puerta.

—Se van —anunció en secreto, y cerró.

Corrieron todos a la ventana y vieron la despedida de Juana muy sonriente y amable con los carabineros, a los que acompañó hasta la reja.

Junto con entrar ella, se abalanzaron a hacerle preguntas.

—¿Cómo conseguiste que se fueran? —preguntaban todos a un tiempo.

—Bueno, les dije que era una broma de mal gusto de la extranjera. Que por hacerles pasar un mal rato a los niños había inventado el cuento del

robo, les había encargado la vigilancia de la casa y luego mandó a su amigo a sacar el paquete.

—¿Y te creyeron? ¿Qué dijeron?

—Las extranjeras... uno nunca sabe. Eso dijeron y se fueron.

—Juana, ¡eres una reina! —y la llenaron de besos.

## XVIII

Claro que esa tarde hubo rosca cuando salió Paula a recibir a su mamá con el delantal nuevo.

—Lo hicimos entre las dos —explicaba Marcela con orgullo.

Iba a celebrarlo la mamá, cuando le llamó la atención el género y entonces... ahí vino el desastre. Nunca se había enojado tanto la mamá. Ese género iba a ser un vestido... ¡y ahora era un hoyo rodeado de tiras! Marcela sentía algo que le apretaba la garganta; Paula, menos culpable, alegaba.

—Ahora se usan los vestidos de dos colores, de dos géneros. Te quedará lindo y más moderno.

Entonces llegó Resorte, que venía con ánimo de chacota, y al ver el género extendido se largó en picada contra él, como si fuera un toro. Lo cogió entre sus dientes y arrancó corriendo como un condenado, llevándolo a la rastra. Los niños salieron detrás, pero Resorte, convencido de que era un juego, no se dejó pillar hasta revolcarlo bien en el jardín. Cuando volvieron con él hecho harapos, la mamá dio un largo suspiro. En ese momento llegó el papá y al verlos a todos con cara de funeral, preguntó:

—¿Qué pasa?

Paula iba a contestar cuando la mamá reaccionó. —Nada importante —dijo—. Algo que no volverá a pasar. Hay que preocuparse de educar a Resorte... entre todos.

Fue una sorpresa. ¿Dónde se había ido el enojo de la mamá?

Marcela y Paula se miraban sorprendidas, cuando aterrizó Pepe en medio de ellas, sangrando las rodillas y arrastrado por Resorte, que no le soltaba el diente. Detrás de ellos llegaron corriendo los mayores.

—Estábamos educando al Resorte —explicó Iván—. Enseñándole a salvavidas...

—No —interrumpió Pepe lloroso—, enseñándole a morder gente...

—Es perro y no supo entender —explicó Panchoco.

—Le enseñaron a mordirme y lo aplaudieron cuando me arrastró... Abusadores. ¡Tres contra uno!

Resorte había soltado a Pepe, pero miraba a cada uno esperando más aplausos. Su cabecita trabajaba por entender lo que estaba pasando, hasta

que de pronto se decidió y le hincó el diente a Panchoco y no lo soltó más. Trataba de arrastrarlo, pero no se lo podía y sus dientes filudos se iban hundiendo en la pierna que había elegido.

—¡Suelta imbécil! —gritaba Panchoco tratando de librarse.

Pepe y las chicas aplaudían. Resorte estaba feliz con los aplausos, y mordía más fuerte.

Panchoco adolorido y enojado le tiraba las orejas sin conseguir soltarse. Iván y Andeco disimulaban su risa. Pero Panchoco se había puesto colorado y su pierna también.

Los colmillos de Resorte eran cosa seria, y no cedían.

Panchoco captó de pronto que las risas de los chicos las confundía Resorte con aplausos, y no queriendo romperle los dientes, las emprendió a coscachos contra los risueños, quienes frenaron en seco. Resorte soltó su presa.

Lo "¡Abusador!" "¡Poco hombre!" y otros, los acalló Panchoco:

—¡Shhh! ¿Se dan cuenta de que Resorte puede aprender cualquier cosa con aplausos? Lo vamos a convertir en sabio de verdad.

—Pero sabio ¿de qué? —Iván no imaginaba a un sabio sin hablar.

—Sabio de... de cosa o ¿habías imaginado un matemático o un físico? Aunque podría ser...

—¿Qué? —los ojos de Iván estaban a punto de salirseles.

—Podría ser un matemático. Bien enseñado, claro pero un verdadero sabio...

Los cinco rodeaban ahora a Panchoco, y también a Resorte, pendientes de sus palabras; diríase que el perro comprendía perfectamente que se hablaba de él y su desatino.

—¿Cómo?

—Simplemente hacemos unos cartones con los números y poco a poco se los vamos enseñando a conocer. Y le explicamos cómo se llama el número, hasta que sepa elegirlo entre los otros.

—¿Tú crees que va a notar la diferencia? —intervino Marcela.

—Al principio no, pero después sí. Cada número tendrá un olor distinto. Es cuestión de paciencia...

—¡Yo hago los números! —declaró Paula, y salió disparada en busca de cartones y plumones. Estaba de vuelta al momento con una caja de zapatos que, descuartizada, dio seis cartones. Y al suelo a dibujar.

Y comenzó la enseñanza. Primero, poniéndole el cartón entre los dientes al sabio y haciendo que lo llevara al profesor Panchoco.

La cosa fue muy fácil, ya que Resorte era un perro superdotado.

El problema era que cualquier número le daba igual.

—¡Te olvidaste de los olores! —exclamó Paula— Yo los traigo... —y voló a la cocina.

Demoró un poco más que el primer viaje, pero volvió con las manos llenas.

—¡Aquí tienes cebolla... Aquí ajo... aquí orégano... y perejil! —Dejó caer los productos y comenzó inmediatamente el trabajo de restregar un aliño en cada cartón.

—¡Resorte! Cuando yo diga *Uno*, me traes esto...

—Panchoco le restregó en el hocico el cartón primero, con olor a ajo.

—Resorte se relajó, moviendo su colita, mientras Panchoco le explicaba.

—Este es el *Uno*, el *Uno*, el *Uno* —repetía insistente. Cuando creyó que el perro había entendido, le quitó el cartón y lo disparó lejos.

—Resorte, ¡tráeme el *Uno*! —ordenó con voz de domador, soltando al animal.

Resorte salió corriendo como flecha en dirección al rincón donde había caído el famoso *Uno*. Los niños se miraron llenos de admiración y entusiasmo. Resorte había cogido el cartón entre sus dientes, pero, en vez de traerlo, lo mordía, comiéndolo. Costó bastante trabajo hacerlo entender que no era eso lo que debía hacer, y mientras lo retaban por estúpido el pobre empezó a toser hasta acabar vomitando.

—¡Lo envenenaste! —acusó alguien a Panchoco, y diez ojos miraban al profesor-domador con tremenda indignación.

Resorte fue atendido por las enfermeras y poco a poco recobró su alegría: ¡se había salvado! No sólo había librado con vida de comerse un cartón, sino que también de ser dedicado a sabio matemático. Podría elegir su propio destino y poco a poco mostrar cuál era su verdadera vocación.

## XIX

Los Águilas se juntaron en reunión de emergencia en la Cancha, o sea, el sitio pelado cerca de los Gómez. Iban los seis solos; Resorte se había negado a seguirlos.

—¡Fracasamos! —declaró Panchoco—. Todo nos sale mal... Alguien nos ha echado una maldición...

—En ese caso habría que exorcizarnos —dijo Iván.

—¡No seas idiota! Hay que matar el chuncho y nada más.

—Pero tú dijiste que la maldición de alguien...

—¿Estamos malditos porque el Resorte no quiso ser sabio? —preguntó Marcela.

—También falló lo del ladrón de la vieja. Panchoco estaba muy desanimado.

—La vieja era extranjera y cucú —dijo Andrés—. No cuenta.

—Y el Resorte no tiene por qué fregarse siendo sabio —alegó Paula—. Por algo nació perro...

—Total, no hemos fracasado ni estamos malditos —dijo Iván.

—Pero el Resorte... —empezó Andrés y fue interrumpido por Marcela:

—Resorte está resen... resen...

—Resentido —le ayudó Iván—. Sí, Marcela tiene razón. Cualquiera se rese... sere...

—Resiente —lo ayudó ahora Marcela—. ¡Uno lo enseña a fiera, otro a salvavidas, otro a sabio! ¿Qué se creen?

—¡Ni que fuera computadora! —terminó Iván.

—¿Qué es computadora? —preguntó Pepe. Nadie le contestó.

—Un perro tiene inteligencia de perro —dijo Andrés.

—Y corazón de perro —dijo Paula.

—Hay que conseguir que Resorte confíe otra vez en nosotros.

—No es fácil —dijo Panchoco—. No sabemos si un perro sabe perdonar...

Los Águilas guardaron silencio ante esta gran verdad.

—Puede ser que tenga mala memoria... —dijo Pepe

—A ver si alguno da una idea para recon... recon... —¡Reconquistarlo!  
Un papel arrugado que había en un rincón sirvió para hacer los votos de ideas de reconquista.

- Propongo que le compremos hartos huesos —decía uno.
- Creo que un buen lavado de cabeza le hará olvidar —decía otro.
- Dejémoslo dormir una semana —proponía otro.
- Démosle un buen purgante —decía otro papel, y el último:
- Resorte tiene ideas de perro. Que él muestre sus ideas.

Por unanimidad fue aprobado este papel y Los Águilas dejaron en paz a Resorte para que él se expresara.

Cuando volvieron donde él, no estaba. No estaba en ninguna parte.

—¿Hace rato que salió? —le preguntaron a Juana, que no supo contestar:

¿Se habrá ido para siempre? —se preguntaron asustados.

—Busquémoslo —dijo uno.

—No. Habíamos decidido dejarlo tranquilo...

—Es que puede perderse para siempre.

—Si él lo quiere...

—¿Estai loco?

—No hay que buscarlo...

—Sí, hay que buscarlo...

Por fin se pusieron de acuerdo para esperar media hora, jugando a cualquier cosa. Pero no resultaba. Cada uno tenía un perro metido en la cabeza y ese perro era atropellado, robado, secuestrado, asesinado... o corría hacia la montaña buscando libertad.

—¿Qué hora es?

—Apenas han pasado tres minutos.

—Cada minuto puede ser el último minuto...

—Si lo íbamos a buscar de todos modos, ¿para qué hicimos papelitos?

Mientras discutían apareció Resorte. Pero no venía solo. Lo acompañaban siete perros de distintos tamaños.

—¡Nadie se mueva! —ordenó el Águila jefe y los que habrían querido brindarle un gran recibimiento se quedaron inmóviles. Pero doce ojos miraban de fijo tiernamente a Resorte.

Resorte ignoró las miradas y se fue a la cocina donde estaba su paila de comida. Tras él desfilaron los otros perros con gran tranquilidad y, sin pelear, enchufaron sus lenguas en la paila dejándola limpiecita.

—Los ha invitado a almorzar —comentó Andrés con Pepe.

—Eso quiere decir que se siente en su casa.

—No ha perdido la confianza en nosotros —dijo Paula.

—Pero se va a quedar con hambre..

Apenas Pepe alcanzó a decir esto cuando el perro más grande se lanzó sobre un quiltro flacuchento y le pegó un mordisco. El pobre partió aullando y dos de los niños saltaron dispuestos a hacer justicia. Pero el capitán de Los Águilas los detuvo:

—Nadie se mete. Este es ¡asunto de perros! —ordenó.

Resorte se aprovechó de la pelea y tomando más hueco devoró lo poco que quedaba, a mil por hora. En ese momento los perros tomaron partidos y se armó la pelea con cara de guerrilla. Era una brava lucha de revolcones, gruñidos, mordisqueos furiosos. Nadie podía acercarse.

Los más chicos corrieron en busca de la manguera y un fuerte chorro de agua enfrió la rabia con mejor resultado que una metralleta. Los perros echaron a correr incluyendo a Resorte.

—¡Lo embromaron todo! —declaró el Capitán.

Los Águilas chicos cortaron la manguera con enorme desaliento: había perdido la oportunidad de reconquistar la confianza de Resorte.

Salieron a la puerta a ver las últimas patas de perro que corrían en el horizonte. Estaban convencidos que esa tarde sería la más larga y aburrida de su vida, cuando de pronto, vieron venir por otro lado al propio Resorte corriendo como conejo. Tras él venía un alboroto de perros mucho más numeroso y surtido...

Alcanzaron apenas a dejarlo entrar y cerrar la puerta en las narices de uno grandote, que ladraba furioso amenazando echarla abajo.

Y una vez más funcionó la manguera, dispersando a los asaltantes, mientras Resorte, agradecido, alborotaba feliz alrededor de sus salvadores.

Esa noche después de haberse acostado, se citaron una vez más Los Águilas a reunión de "emergencia". La reunión a esas horas debía ser secreta y el lugar, entre las escobas y otros útiles bajo la escalera, donde nadie entraría a interrumpir.

—Tendremos que encerrar a Resorte para protegerlo de su enemigo —declaró con ojos de alarma el que había citado a reunión.

—No sabemos si era una chacota de perros —dijo Andrés.

—La media chacota... ¿No viste la furia de ojos y colmillos?

—Resorte no se atreverá a salir si está en peligro.

—Sería un cobarde... Mejor amarrado y así no es cobarde.

—Amarrarlo sería un desgraciado y se pondría bravo.

—Entre que se amargue o que lo maten... —empezó Iván, pero Panchoco intervino:

—Debe aprender a defenderse. Ustedes no tienen idea lo que es educar.

—¡Ni tú tampoco!

Y se armó la discusión.

La reunión había empezado en voz de secreto, pero el calor de la disputa fue subiendo el tono, y las voces, todas a un tiempo, atronaban bajo el rincón de madera.

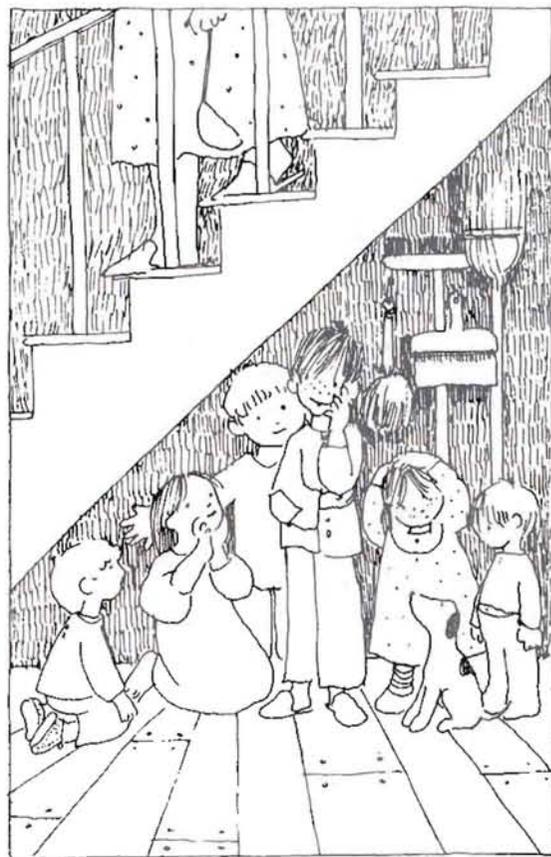
Ante tamaño griterío, apareció Resorte, ladrando a todo pulmón y muy resuelto a resolver el problema que ahí ardía. Su aparición produjo el milagro de silenciarlos y todas las manos se fueron a su hocico, haciéndolo callar.

—No le hagas cariño, es un cobarde —dijo alguien.

—¿Cobarde porque no se deja matar por los salvajes?

—Cobarde porque arrancó y tuvo miedo...

Otra vez empezaba la discusión y los pecosos Águilas se acaloraban. Resorte miraba a uno y otro sin entender, pero de pronto estiró el cuello y soltó un largo aullido muy extraño. Y justo cuando iba a comenzar de nuevo la discusión, un ruido subterráneo y un sacudón tremendo remeció la guarida.



Una lluvia de polvo cubrió cabezas y ojos y la reunión terminó en una atropellada carrera hacia todos lados con gritos destemplados de: "¡Tem-bloor!".

Por fin se aquietó el suelo y poco a poco volvió la calma a los agitados corazones de los que juzgaban si Resorte era o no un cobarde.

—¡No es un cobarde el que arranca! —rió Panchoco, que había sido el primero en salir disparado de la reunión secreta.

—¡Ya pasó! —aseguraba la Juana, verde como un limón y con el cucharón en mano, pidiendo misericordia a todos los santos.

—¡Vuelvan a sus camas; la señora y el caballero están por llegar! —A Juana la había vuelto autoritaria el miedo y los amenazaba con su enorme cucharón.

—Resorte anunció el temblor con su aullido —dijo Iván—. Los perros sienten antes lo que va a suceder...

—Son profetas o al menos Resorte es anunciador, en vez de cobarde... Volvían a sus camas más dominados por el temblor que por el cucharón de Juana. Pero una vez en ellas descubrieron que no tenían sueño.

—Sigamos la reunión —irrupieron en la habitación Paula y Marcela, que preferían estar acompañadas. Nadie las echó.

—Me gustaría saber qué es un temblor —dijo Panchoco, preguntándole a nadie.

—Son gases subterráneos —explicó Iván.

—¿Algo así como flatos? —preguntó Pepe.

—¡Claro! Lo malo es que los científicos se gastan todos sus sesos y sus dólares explorando planetas, sin averiguar antes lo que hay dentro de la Tierra en que vivimos —dijo Iván.

—¿Y por qué no lo hacen? —preguntó Marcela.

—Porque les da miedo —contestó Panchoco.

—No es lo mismo volar bien protegidos que perforar los misterios del centro de la Tierra...

—A mí me gustaría... pero no sola —dijo Paula.

—A mí me en-can-ta-ría. —Los ojos de Andrés brillaron y su nariz pecosa se achicó.

—Lo que les falta a los sabios es VALOR, o un anunciador.

—¡Resorte! —dijeron todos a un tiempo, y ante el problema resuelto saltaron de sus camas y comenzaron a desfilar gritando: "¡Re-sor-te! ¡Re-sor-te!".

Sintiéndose aclamado, Resorte empezó a darse vueltas de camero en el aire, como en sus tiempos del circo.

Un portazo lejano estremeció la casa y los pecosos cesaron su desfile. El silencio vibró un par de minutos.

—Sigamos estudiando la idea —dijo Iván a media voz

—¿Qué idea?

—La de perforar la Tierra y conocer sus secretos.

—Sus flatos —dijo Pepe



—Antes que nada, tendríamos que inventar la Perforadora Salvaje —dijo Iván, pensativo.

—Antes que nada tenemos que crecer —dijo Panchoco, mirando al techo.

—Crecer y estudiar mucho —dijo Iván, muy serio.

No cayó bien la idea.

—Mientras crecemos nos pueden robar la idea —dijo Paula.

—No importa, sirven de ayuda. Mejor para nosotros si ellos vencen el fuego y lava de los volcanes. Tendremos bastante adelantado —dijo Iván.

—¡Y llegaremos antes al Gran Misterio!

—¿Hablas del IMÁN de la Tierra? Si lo dejamos escapar saldremos todos disparados por el espacio y fregamos todos los inventos de cápsulas a Marte, Saturno, Osas y demases. Realmente haremos la crema en el universo.

Todos reían ante el desorden del mundo que iban a crear.

Pero unos pasos se venían acercando, pasos de hombre, de papá.

Los pecosos se subieron la ropa hasta las narices, simulando dormir. Los pasos siguieron de largo.

—En todo caso no hay apuro, tenemos tiempo... —dijo Iván.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Pepe.

Pero nadie contestó. Los sabios pecosos se habían dormido.



Libros de la  
Colección  
EL JARDÍN DE LOS SUEÑOS

SERIE AMARILLA  
Para niños entre 6 y 8 años

MAMÁ ENCUENTRA TODO  
Ute Andresen

PAPÁ COCINA  
Ute Andresen

YA VIENEN LOS NIÑOS  
Ute Andresen

UN PAPA PARA PAULA  
Elisabeth Zöller

HISTORIA DEL ÁRBOL QUE HABLÓ  
Felipe Alliende

UN ENANO CON PROBLEMAS  
Felipe Alliende

ALELUYAS PARA LOS MÁS CHIQUITOS  
Marta Brunet

EL SOLDADITO ROJO  
Marcela Paz

LOS SECRETOS DE CATITA  
Marcela Paz

MUSELINA PÉREZ SOTO  
Marcela Paz

A VER A VER. ¿VAMOS A LEER?  
Mabel Condemann, Cecilia Beuchat

CARACOL CARACOL, SACA TU  
LIBRITO AL SOL  
Mabel Condemann, Cecilia Beuchat

CUENTECILLOS CON MOTE  
M<sup>ra</sup> de la Luz Uribe, Fernando Krahn

SERIE ADIVITRABACUENTOS  
Y POESIAS 1, 2 Y 3  
Selección equipo editorial

UN BOSQUE PARA ULMITO  
Denise de Solminhac

HAGAMOS TEATRO  
María Luisa Vial

SERIE CUENTACOLMOS,  
ADIVINANZAS Y FRASES  
TRAVIESAS 1, 2 Y 3  
Selección equipo editorial

SERIE TESORO DE LA  
INFANCIA 1, 2 Y 3  
Teresa Clerc, Miguel Moreno, Esther Precht

PARAÍSO DE PAPEL  
Miguel Moreno Monroy

POEMAS DIVERTIDOS PARA  
NIÑOS ABURRIDOS  
Carolina Garreaud

FÁBULAS DE ESOPO  
Selección y adaptación Mónica De Simone

FÁBULAS DE LA FONTAINE  
Selección y adaptación Mónica De Simone

FÁBULAS DE SAMANIEGO  
Selección y adaptación Mónica De Simone

FÁBULAS DE IRIARTE  
Selección y adaptación Mónica De Simone

MI AMIGO ROBERTO Y LOS PROFESORES  
Anu Stohner

MI AMIGO ROBERTO Y EL BOOMERANG  
Anu Stohner

SERIE TEATRO PARA NIÑOS  
EL TRAJE DEL EMPERADOR  
Hans Christian Andersen

POLITA VA A LA ESCUELA  
Alicia Morel

POLITA APRENDE EL MUNDO  
Alicia Morel

**WEBClass**  
*Learning Management System*